La Cartomántica

(Machado de Assis, 1896)

DICE Hamlet a Horacio que hay más cosas en la tierra y en el cielo de las que podemos adivinar. Eso mismo le decía la bella Rita al joven Camilo un viernes de noviembre de 1869, cuando él se burlaba de ella por haber ido el día anterior a consultar una cartomántica.

—Ríete si quieres. Los hombres son así, no creen en nada. Pues te diré que fui a verla y antes de que alcanzara a abrir siquiera la boca, ya había adivinado el motivo de mi visita. Tan pronto empezó a poner las cartas en la mesa, me dijo: "usted está enamorada de un hombre..." Asentí, y ella siguió colocando las figuras hasta que me declaró al fin que yo tenía miedo de que tú me olvidases, pero que estaba equivocada...

—Era ella la equivocada —interrumpió Camilo riendo.

—No hables así, Camilo. ¡Si supieras cuánto he sufrido por tu causa en estos días! Ahora lo sabes, porque acabo de decírtelo. No te rías de mí, por favor.

Camilo la cogió de las manos, y la miró a los ojos con gravedad; le aseguró que la quería mucho y que sus temores eran infundados. Si se empeñaba en esos temores, sólo tenía que decírselos y él mismo la consolaría; después la riñó por la imprudencia de haber visitado a aquella hechicera. Si Villela se entera...

—¡Oh, no! —dijo Rita—; tomé todas las precauciones para que nadie me viera.

—¿Dónde vive la bruja?

—Muy cerca de aquí, en la Calle de la Guardia Vieja; estaba desierta en ese momento. Tranquilízate, que yo sé hacer bien las cosas.

Camilo se echó a reír de nuevo.

—¿Pero de verdad crees en eso? —preguntó.

Y fue en ese momento cuando, traduciendo a Hamlet, sin conocerlo, a su prosa cotidiana, Rita respondió que había en este mundo muchas cosas misteriosas. Si él no creía en ellas, era asunto suyo. Lo único cierto era que la cartomántica lo había adivinado todo. Prueba de ello era la tranquilidad que ahora sentía.

Rita pensó que el joven iba a decir algo; pero Camilo calló, para no desilusionarla. Además, en su niñez, y aún mucho después, había sido presa de un cúmulo de supersticiones y creencias aprendidas de su madre que sólo a la altura de sus veinte años había logrado abandonar. El día que se despojó de toda aquella maleza parasitaria, dejando apenas el tronco desnudo de la religión, el joven envolvió en una negación total las viejas enseñanzas de su madre. Camilo no creía en nada de aquello. ¿Por qué? Él mismo no sabría decirlo, pues carecía de razones de fondo; negaba porque sí, y aun esta frase es incorrecta: porque negar supone una afirmación, y Camilo no afirmaba cosa alguna; se limitaba a encogerse de hombros ante lo misterioso y a vivir su vida.

Ambos se separaron contentos, sobre todo él; Rita estaba segura de su amor. Y Camilo no sólo lo sabía, sino que la veía temblar ante la idea de que él la abandonara, arriesgarse por su culpa y hasta correr en busca de adivinas; y si bien insistía en censurarla, no dejaba de sentirse halagado. La casa donde los dos amantes se encontraban quedaba en la antigua Calle de Los Barbonos, y en ella vivía una mujer del mismo pueblo de Rita. Bajó ésta por la Calle de Las Manguieras, en dirección a su casa en Botafogo. Camilo enrumbo por la Guardia Vieja y al pasar echó una ojeada a la casa de la adivinadora.

Villela, Camilo y Rita. Tres nombres, una aventura y ninguna explicación previa; es hora de que la demos. Los dos primeros eran amigos desde la infancia. Villela estudió derecho; Camilo eligió la burocracia, contra los deseos de su padre, que quería verlo médico. Pero el padre murió y Camilo anduvo

de un lado para otro, sin hacer nada, hasta que su madre logró conseguirle un empleo oficial. A principios de 1869 retornó Villela de provincias, donde se hallaba, casado con una joven muy hermosa y algo frívola; abandonó la magistratura y montó su propio bufete de abogado. Camilo le consiguió casa en la zona de Botafogo y fue a recibirlo al puerto.

—Mucho gusto en conocerle —dijo Rita estrechándole la mano—. No sabe usted cuánto lo aprecia mi marido. Todo el tiempo tiene su nombre en los labios.

Camilo y Villela se miraron con afecto; eran de verdad muy amigos. Luego Camilo se dijo para sus adentros que la mujer de Villela no desmentía en nada lo que éste le había dicho por carta. Era realmente bonita y vivaz, con grandes ojos que brillaban y una boca fina y tentadora. Era un poco mayor que ellos; pasaba la treintena, mientras que Villela contaba a lo más veintinueve, y Camilo veintiséis. Pero el grave porte de Villela lo hacía parecer de más edad que ella; por lo que dice a Camilo, era un ingenuo en la parte moral y en la práctica. Le faltaba la huella que deja el tiempo, y hasta esos anteojos de grueso vidrio con que la naturaleza de algunos se anticipa a los años; ni experiencia, ni intuición, empezaron a verse con frecuencia, y con la asiduidad del trato pronto fueron los tres íntimos amigos. Al poco tiempo murió la madre de Camilo, y en aquellos momentos amargos —que en verdad lo fueron—, Villela se hizo cargo del entierro, las misas y el testamento, y la otra se dedicó a aliviar el corazón del joven, cosa que hacía con admirable acierto.

Nunca supo Camilo cómo llegaron a enamorarse. Es verdad que le complacía pasar las horas a su lado, era su enfermera moral, casi una hermana; pero también, y ante todo, era mujer, y bonita. El *odor di femina* era lo que él aspiraba a su lado, impregnándole los sentidos. Se sentaban a leer en voz alta, iban juntos al teatro y al parque. Camilo le enseñó a jugar a las damas y al ajedrez, y sostenían largas partidas por las noches, sin mucho acierto ella, él un poco mejor y por complacerla. Esto en cuanto al ambiente. En cuanto a lo personal, estaban los insistentes ojos de Rita, a cada paso buscando los suyos, consultándole antes que al marido todos sus problemas; y las manos heladas, las actitudes imprevistas... El día en que Camilo cumplió años recibió de Villela un hermoso bastón; Rita en cambio le envió una simple tarjeta. Las palabras eran triviales, pero hay trivialidades sublimes o por lo menos deliciosas. El coche destartado donde por la primera vez paseamos, corridos los visillos, con la mujer amada, vale tanto o más que la carroza de Apolo. Así son los hombres y las cosas que los rodean.

Camilo intentó de corazón evitar aquel amor; pero le resultó ya imposible. Rita se llegó a él como una serpiente, se enroscó a su cuerpo, hizo crujir sus huesos en un estremecimiento y, gota a gota, vertió en su boca el veneno prohibido. Él quedó rendido y sumido en la incertidumbre. Indecisión, remordimiento, temores y deseos: todo eso llegó a él al mismo tiempo. Pero la batalla fue breve, y la victoria apasionada. ¡Adiós escrúpulos! No tardó la sandalia en ajustarse al pie, y ambos emprendieron el camino, unidas las manos y rozando apenas los céspedes y los guijarros, sin tiempo para sentir otra cosa distinta a la nostalgia que sufrían cuando estaban separados. Villela siguió profesando a ambos la misma estimación y confianza; pero cierto día recibió Camilo un anónimo, en el que se le tachaba de disoluto y pérfido y le anunciaban que ya todo el mundo estaba al tanto de aquella aventura. Camilo se asustó mucho y, para desvanecer las sospechas, empezó a espaciar sus visitas a la casa de Villela; ante el reproche de éste, Camilo se excusó pretextando un amorío propio de su edad. Su ingenuidad se convirtió en astucia; cada vez fue espaciando más los intervalos entre visita y visita, y al final cesó de hacerlas por completo. Quizá influyó en esto el amor propio y el afán de esquivar las amabilidades del marido, al fin de olvidar la negrura de su conducta.

Fue por esos días que Rita, recelosa y asustada, fue a visitar a la cartomántica para consultarle sobre la causa de la conducta de Camilo. Ya sabemos que aquélla le devolvió la confianza en el amor del joven, y que éste le censuró la visita. Corrieron las semanas y Camilo recibió dos o tres anónimos más, escritos con una pasión que hacía descartar la hipótesis de alguna advertencia moralizadora, dejando

traslucir más bien el despecho secreto de algún rival. Tal fue la opinión de Rita al saberlo, pues formuló, con palabras menos airoas, este aforismo:

—La virtud es perezosa y avara, no gasta tiempo ni papel. Sólo el propio interés es activo y pródigo.

No consiguió tranquilizar con esto a Camilo; temía el joven que el autor de los anónimos los hiciese llegar también a Villela, pues en ese caso la catástrofe sería inevitable. También Rita concordaba con ello.

—Está bien —dijo—, me llevaré los sobres, para confrontar la letra con la de las cartas que él reciba. Si advierto una con igual letra, la retiro y la destruyo.

No llegó ninguna. Pero, al poco tiempo, empezó a notarse en Villela un aire triste y taciturno, como si desconfiara de algo. Rita se dio prisa en contárselo a su amante, y ambos deliberaron sobre el asunto; Rita pensaba que Camilo debía reiniciar sus visitas, a ver si el marido le confiaba alguna cosa.

Camilo opinaba de otro modo; volver a visitar la casa después de tantos meses equivalía a confirmar las sospechas. Era preferible andar con cautela y dejar de verse por algunas semanas. Acordaron la manera de escribirse en caso de urgencia, y se separaron llorando sin consuelo.

Al día siguiente, hallándose Camilo en el Ministerio, recibió la siguiente nota, firmada por su amigo: "Ven inmediatamente a casa; necesito hablarte lo más pronto posible". Era mediodía. Camilo se dirigió hacia allí de inmediato; ya en la calle, pensó que habría sido más lógico que Villela le hubiese citado en su bufete, y no en su casa. ¿Por qué había preferido ésta última? No era normal; y la letra, con razón o sin ella, le pareció insegura, como trazada por una mano temblorosa. ¿Habría alguna conexión entre aquello y lo que Rita le había contado el día anterior? "Ven inmediatamente a casa; necesito hablarte lo más pronto posible", repetía Camilo con los ojos fijos en el papel.

En su imaginación vio asomar el rabillo de un drama: Rita, de rodillas, sollozante; Villela, colérico, escribiendo la nota, seguro de que iría aguardándole para matarla en su presencia. Camilo se echó a temblar; tenía miedo; luego se rió con una risa falsa; en el fondo, no aceptaba la idea de echar paso atrás. Siguió pues su marcha; pero en el trayecto se le vino la idea de pasar antes por su casa. Tal vez le estaría esperando allí alguna comunicación de Rita que pudiese darle la clave del misterio. No encontró nada. Descendió de nuevo las escaleras, mientras la idea de que Villela lo hubiese descubierto todo se le antojaba cada vez más posible. Era apenas natural que el autor de aquellos anónimos los hubiese escrito también al marido. Era muy probable que Villela estuviese enterado de todo. El solo hecho de que él no hubiese vuelto por su casa, sin razón aparente y con tan pobres excusas, sería suficiente para confirmar sus sospechas. Camilo caminaba inquieto y nervioso; no releía ya la carta del amigo, pero las palabras, que se sabía de memoria, no se le apartaban de la vista, cuando no se las soplaban al oído —y eso era aún peor— la propia voz de Villela: "Ven inmediatamente a casa; necesito hablarte lo más pronto posible". Y así, pronunciadas por la voz del otro, adquirirían aquellas palabras un tono de misterio y amenaza. "Ven inmediatamente a casa". ¿Por qué? Era cerca de la una. Su inquietud crecía por momentos; imaginó tantas veces lo que podría ocurrir, que concluyó dándolo por hecho. No cabía duda de que estaba atemorizado; analizó la posibilidad de llevar un arma, pues nada perdería con esa útil precaución, aun en caso de que se engañase; pero al instante rechazó la idea, disgustado consigo mismo y, apurando la marcha, se dirigió a la plaza de la Carioca, con el fin de tomar allí un coche de punto. Se acomodó en uno, y el jamelgo arrancó al trote largo, apurado por el cochero, al que Camilo ordenó que se diera prisa.

—Mientras más pronto, mejor —pensó—. No puedo continuar en esta ansiedad.

El paso trotón del caballo aumentaba su inquietud; el tiempo corría; un momento más y se vería cara a cara con el peligro. Casi al final de la Guardia Vieja, el coche debió detenerse, pues un carro volcado obstruía el tránsito. Camilo esperó, alegrándose en su interior por aquella pausa inesperada. Al cabo de unos minutos advirtió que se hallaba casi en frente de la casa de la adivina; el joven anheló en ese momento que la profecía resultase verdadera. Miró hacia la casa, que daba hacia la derecha; todos los balcones

estaban cerrados, en contraste con los de las fachadas vecinas, por donde asomaban caras curiosas atentas a los sucesos de la calle. Se diría que aquella casa hermética era la mansión del impasible destino.

Camilo se hundió en su asiento para no mirar. Su emoción aumentaba; desde el fondo de su conciencia surgían viejos fantasmas, antiguas creencias, olvidadas supersticiones. Propuso al cochero devolverse y tomar otra ruta. Respondió éste que no, que esperarían. El joven se asomó entonces a la ventanilla y contempló la casa de la adivina; hizo un gesto de incredulidad. De atrás, desde muy lejos, como en un aleteo de anchas alas oscuras, le llegaba a la mente la idea de consultar a la mujer de las cartas. Desapareció la idea, parpadeó de nuevo y se marchó otra vez de su pensamiento; pero al cabo de un rato volvió a aletear, cada vez más cerca, trazando círculos concéntricos... Ya los transeúntes gritaban, poniendo en marcha el carro varado:

—¡Arre, arre! ¡Ya, vamos!

Otro instante y quedaría libre la calle. Camilo cerraba los ojos y trataba de pensar en otra cosa. Pero la voz del esposo le murmuraba insistentemente las palabras de la carta: "Ven inmediatamente a mi casa; necesito hablarte lo más pronto posible..." Y se imaginaba, temblando, el desenlace del drama. Miraba la casa de la hechicera; sus piernas parecían querer apearse del coche, y entrar... Un velo espeso le nubló los ojos... Pensó de pronto en el misterio que rodea las cosas de este mundo. Oía la voz de su madre narrándole sucesos inexplicables, y la frase del príncipe de Dinamarca le rondaba el cerebro: "Hay más cosas en la tierra y en el cielo de las que podemos adivinar". ¿Y después, qué podía perder si...?

De pronto, y sin saber cómo, se vio en la acera al frente de la puerta. Pidió al cochero que esperara; entró en el zaguán y empezó a subir las escaleras... Estaban éstas en la penumbra, y sus pies tropezaban en los gastados peldaños; pero él no se percataba de nada. Llegó arriba y llamó; nadie acudió a su llamado, y Camilo sintió deseos de devolverse. Era ya tarde: la curiosidad lo llenaba de inquietud; le latían las sienes. Llamó de nuevo, una, dos, tres veces. Abrió por fin una mujer; era la cartomántica. Camilo dijo que quería hacerle una consulta, y ella lo hizo pasar. Subieron hasta el desván, por una escalera más estrecha y oscura que la anterior. Arriba había un cuarto pequeño, escasamente iluminado por una ventanita que daba al tejado vecino. Unos muebles viejos y raídos, unas paredes sucias y un ambiente de pobreza que no sólo no afectaba el misterio del sitio, sino que ayudaba a acentuarlo.

Pidió la bruja a Camilo que se sentara frente a una mesa; ella tomó asiento al otro lado, de espaldas a la ventana, de tal modo que la escasa luz que por allí se filtraba daba de lleno en el rostro del joven. Abrió una gaveta y sacó de allí una baraja muy gastada y sucia; mientras barajaba los naipes miraba de soslayo el rostro de su cliente. Era una mujer de unos cuarenta años, italiana, flaca y morena, con un par de ojos oscuros y penetrantes.

—Averigüemos en primer lugar el motivo de su visita; usted acaba de pasar un gran susto...

Camilo, asombrado, hizo un gesto de afirmación.

—Y desea usted saber —continuó la italiana— si le amenaza algún peligro...

—A mí, o a ella —replicó de inmediato Camilo.

Con rostro inexpresivo, la cartomántica le dijo que aguardase un momento. Volvió a barajar las cartas con sus dedos largos y finos. Barajó y volvió a hacerlo, y cortó luego una, dos, tres veces. Después descubrió las cartas. Camilo no le apartaba los ojos, ávidos de curiosidad e inquietud.

—Las cartas dicen...

Camilo se inclinó sobre la mesa, pendiente de las palabras de la adivina. Ella le dijo que no tenía por qué temer; que ni a él ni a ella habría de sucederles nada malo. El otro no estaba enterado de nada, aunque era necesario que obrasen con cautela; la envidia y el despecho tejían en la sombra una red para atraparlos.

La bruja siguió hablándole del amor que los unía, de la hermosura de Rita... Camilo se sentía en el quinto cielo. La Cartomántica calló al fin, guardó los naipes y cerró la gaveta.

—¡Ah, Señora! ¡Me devuelve usted el sosiego! —exclamó el joven, tendiendo el brazo por encima de la mesa y estrechándole la mano. La mujer se puso de pie, sonriendo.

—Vaya usted tranquilo —dijo—. *Ragazzo innamorato...*

Y parada a su lado, le tocó la frente con el índice. Camilo se estremeció, como si hubiese sentido el contacto de la Sibila, y se puso a su vez de pie.

Sobre un aparador había un plato con varios racimos de pasas. Cogió uno la adivina, y empezó a morder las frutas, descubriendo dos hileras de dientes blanquísimos; hasta en una tarea tan rutinaria dejaba traslucir un aire de misterio. Camilo no veía la hora de marcharse; pero no sabía cómo pagarle la consulta, pues no tenía la menor idea del manejo de aquellos asuntos.

—Estas pasas son caras —dijo al fin; y sacando su cartera, preguntó—: ¿Cuántas piensa usted encargar?

—Pregunte usted a su corazón —respondió ella.

Tomó Camilo un billete de diez mil reis, y se lo entregó. Los ojos de la cartomántica brillaron; dos mil reis era el precio normal de una consulta.

—Bien se aprecia cuánto la ama —dijo— Y hace usted bien. Ella le corresponde... ¡Váyase pues tranquilo! Cuidado con las escaleras, que están oscuras; no olvide su sombrero.

Se había guardado el billete y lo acompañaba a bajar, hablándole con su ligero acento italiano. Camilo se despidió de ella en la planta baja y descendió los peldaños que llevaban a la calle, mientras la adivina, muy satisfecha por la transacción, volvía a subir canturreando una barcarola. Camilo montó en el coche; la calle estaba ya libre y el caballo arrancó a buen paso.

Todo parecía sonreír ahora; las cosas tomaban otro aspecto; el cielo era claro, los transeúntes alegres. Camilo se reía de sus pasados temores, que le parecían ahora pueriles. Recordó los términos de la carta de Villela, y debió reconocer que eran íntimos y familiares. ¿Cómo podía ser que le hubieran parecido amenazantes? También recordó que eran urgentes: acaso había obrado mal demorándose tanto en acudir. Tal vez se trataba de un asunto grave, muy grave.

—¡Dese prisa, por favor! —repetía al cochero.

Y se afanaba por encontrar una excusa que justificase su tardanza.

Se puso a pensar después en aprovechar la lección y reanudar sus visitas a la casa. Le volvían a la memoria las palabras de la cartomántica. No cabía la menor duda de que ella había adivinado el motivo de su visita, la situación en que se hallaba y la presencia de un tercero. ¿Cómo dudar entonces de sus predicciones? Si había visto un presente que ignoraba, de igual modo debía confiarse en su visión del porvenir. Y por estos caminos, lentos y seguros, volvían a la superficie de su alma las antiguas creencias de la niñez y se sentía de nuevo aprisionado por la garra del misterio. A ratos trataba de alejar aquellas ideas, y reía de sí mismo con un poco de vergüenza. Pero la hechicera, las cartas, la seguridad de sus palabras, aquel último consejo de "Vaya usted tranquilo, *ragazzo innamorato*"... y hasta la barcarola de despedida, lenta y cadenciosa... todo esto eran experiencias recién sucedidas que, al lado de las antiguas, contribuían a afirmar una fe nueva y vigorosa.

A decir verdad, sentía el corazón henchido de brío e impaciencia; pensaba en la felicidad de antes y en la que le reservaba el porvenir. Al pasar por el puerto contempló el mar, dejando vagar la mirada hasta el confín en donde agua y cielo se dan un beso infinito; y tuvo la viva sensación de un porvenir largo, larguísimo, interminable.

Un momento después llegaba frente a la casa de Villela. Se apeó, empujó la verja del jardín y entró. No se escuchaba en la casa el más leve rumor. Subió los seis peldaños de la escalinata, y llamó con los nudillos en la puerta principal; ésta se abrió al punto, dejando aparecer apenas en el vano a Villela.

—¡Perdóname, hombre, no pude venir antes! ¿Qué sucede?

Villela no respondió. Tenía una expresión descompuesta en el rostro. Con un gesto lo invitó a

pasar al gabinete. Camilo entró, y al instante lanzó un grito de terror: en el fondo del aposento, tendida en un canapé, yacía Rita, ensangrentada y sin vida. Lo aferró Villela por el cuello, y de dos tiros de revólver lo dejó muerto en el suelo.

Padre contra madre

(Machado de Assis, 1904)

LA ESCLAVITUD se llevó consigo oficios y objetos, como habrá sucedido con otras instituciones sociales. Cito algunos objetos por estar vinculados a cierto oficio. Uno de ellos era el collar de hierro, otro el grillete para el pie, también existía la máscara de hojalata. La máscara hacía que los esclavos perdiesen el vicio de la embriaguez porque les tapaba la boca. Tenía solo tres agujeros, dos para ver, uno para respirar, y se cerraba por detrás de la cabeza con un candado. Junto con el vicio de la bebida perdían la tentación de robar, porque, generalmente, mataban la sed con las monedas del señor, y así se extinguían dos pecados y se conservaba la sobriedad y la honestidad. Era grotesca la máscara, pero el orden social y humano no siempre se alcanza sin lo grotesco, y a veces lo cruel. Los lateros las tenían colgadas, a la venta, en las puertas de los negocios. Pero olvidémonos de las máscaras.

El collar de hierro se aplicaba a los esclavos fugitivos. Imaginen un collar grueso, con el asta gruesa, a la derecha o a la izquierda, hasta la altura de la cabeza y cerrada atrás con llave. Pesaba, naturalmente, pero se trataba más de una marca que de un castigo. Esclavo que huía, donde quiera que anduviese, mostraba reincidencia y era capturado con facilidad.

Hace medio siglo, los esclavos huían con frecuencia. Eran muchos, y no a todos les gustaba la esclavitud. Ocasionalmente recibían algún golpe, y no a todos les gustaba recibir golpes. A una gran parte de ellos casi no se los castigaba, o había alguien en la casa que hacía de padrino o el dueño no era malo, además, el sentimiento de propiedad moderaba la acción, porque el dinero también duele. Sin embargo, la fuga se repetía. Casos hubo, aunque raros, en los que el esclavo de contrabando, apenas comprado en el Valongo, se echaba a correr, sin conocer las calles de la ciudad. De los que seguían camino a casa, era frecuente que, con un poquito de astucia, le pidieran al señor que les pusiera un alquiler, que ganaban afuera, trabajando en el mercado.

El que perdía un esclavo por fuga le daba algo de dinero a quien lo encontrase. Publicaba anuncios en los medios gráficos públicos, con las características del fugitivo, el nombre, la ropa, el defecto físico, si lo tenía, el barrio por donde andaba y el valor de la recompensa. Cuando no había valor, había promesa: “será recompensado generosamente”, o “recibirá una buena recompensa”. Muchas veces el anuncio venía acompañado de un dibujo, arriba o al lado: silueta de negro, descalzo, corriendo, vara al hombro y en la punta una bolsa. Se imponía todo el rigor de la ley contra quien lo protegiera.

Capturar esclavos fugitivos era un oficio por esos tiempos. No sería noble, pero por ser instrumento de la fuerza con que se mantiene la ley y la propiedad, otorgaba esa nobleza implícita de las acciones reivindicadoras. Nadie se metía en este oficio por placer o por estudio. La pobreza, la necesidad de una salida rápida, la ineptitud para otros trabajos, la suerte y a veces el gusto de servir, aunque sea de otra manera, impulsaban al hombre que se sentía lo suficientemente rudo para poner orden en el desorden.

Cándido Nieves, Candiño para la familia, es la persona a quien se une la historia de una fuga, cedió ante la pobreza, cuando adquirió el oficio de capturar esclavos. Tenía un defecto grave el hombre, no aguantaba empleo ni oficio, carecía de estabilidad; es lo que él definía como caiporismo. Comenzó queriendo aprender tipografía pero pronto se dio cuenta de que era necesario algún tiempo para escribir bien, y aun así tal vez no ganase lo suficiente, fue lo que se dijo a sí mismo. El comercio le llamó la atención, era una buena carrera. Con algo de esfuerzo entró de empleado en una mercería. Pero la obligación de atender y servir a todos lo hería en lo más profundo del orgullo y al cabo de cinco o seis semanas estaba en la calle por propia voluntad. Administrativo, cadete de una oficina, dependiente del ministerio del Imperio, cartero y otros trabajos fueron abandonados poco tiempo después de encontrados.

Cuando llegó el amor de la joven Clara no tenía más que deudas, aunque pocas, porque vivía con un primo, tallador de oficio. Después de varios intentos de conseguir trabajo resolvió adoptar el oficio del primo,

con el que ya había tomado algunas lecciones. No le costó tomar otras, pero por querer aprender rápido, aprendió mal. No hacía obras finas ni complicadas, sólo patas para sillones y relieves simples para sillas. Quería tener un trabajo cuando se casara y el casamiento no tardó mucho en llegar.

Tenía treinta años. Clara veintidós. Era huérfana, vivía con una tía, Mónica, y cosía con ella. No cosía tanto como para no recibir visitas, pero sus pretendientes sólo querían matar el tiempo, no tenían otro propósito. Pasaban a la tarde, la miraban un poco, ella a ellos, hasta que la noche la obligaba a retirarse a la costura. Lo que notaba es que ninguno le dejaba añoranzas o le encendía deseos. Tal vez ni siquiera supiera el nombre de muchos. Quería casarse, naturalmente. Era, como decía la tía, tirar el anzuelo a ver si el pez picaba, pero el pez pasaba lejos, si paraba era sólo para merodear la carnada, mirarla, olerla, dejarla y buscar otras.

El amor atrae al destinatario. Cuando la joven vio a Cándido Nieves, sintió que él podía ser su marido, su verdadero y único marido. El encuentro se dio en un baile, esa fue, para recordar el primer trabajo del novio, fue la página inicial de aquel libro, que tenía que salir mal confeccionado y peor encuadernado. El casamiento se realizó once meses después y fue la más hermosa fiesta a la que sus invitados asistieron. Amigas de Clara, más por envidia que por amistad, intentaron disuadirla del paso que iba a dar. No negaban la bondad del novio, ni el amor que le tenía, ni siquiera algunas virtudes; decían que era demasiado predispuerto para las fiestas.

-Mejor que así sea, argumentaba la novia; por lo menos no me caso con un difunto.

-No, difunto no, pero es que...

No decían lo que era. La tía Mónica, después del casamiento, en la casa pobre que los abrigó, una vez les habló de los posibles hijos. Ellos querían solo uno, uno solo, aunque agravase la necesidad.

-Ustedes, si llegan a tener un hijo van a morir de hambre, le dijo la tía a la sobrina.

- La virgencita nos dará de comer, respondió Clara.

La tía Mónica debía haberles hecho la advertencia, o la amenaza, cuando él fue a pedirle la mano de la joven; pero también era amiga de las fiestas, y el casamiento sería una verdadera fiesta, de hecho, lo fue. La alegría era común a los tres. La pareja se reía de todo. Sus propios nombres eran objeto de bromas, Clara, Nieves, Cándido; no daban de comer, pero daban risa, y la risa se digería sin esfuerzo. Ahora, ella cosía más y él salía a hacer trabajitos de una cosa u otra, no tenía un trabajo fijo.

No por eso renunciaron al hijo. Era el hijo el que, sin enterarse de aquel deseo específico, se dejaba estar escondido en la eternidad. Sin embargo, un día el bebé dio señales de vida; nene o nena, era el fruto bendecido que traería al matrimonio la ansiada ventura. La tía Mónica quedó desorientada, Cándido y Clara se reían de sus sobresaltos.

-Dios nos ayudará, tía querida, insistía la futura madre.

La noticia circuló de vecina en vecina. Sólo había que esperar la aurora del gran día. Ahora la esposa trabajaba con más ganas, era necesario, ya que además de las costuras pagas tenía que ir haciendo con retazos el ajuar del bebé. A fuerza de pensar en él era como si ya viviera con él, intentaba calcular la medida de los pañales, le cosía ropitas. La porción era escasa, los intervalos largos. La tía Mónica ayudaba, es cierto, aunque fuese de mala gana.

-Ustedes verán la triste vida, suspiraba.

-Pero los otros niños ¿no nacen también? preguntó Clara.

-Nacen, y encuentran siempre algo para comer, seguro, aunque sea poco...

-¿seguro cómo qué?

- Seguro, un empleo, un oficio, una ocupación, y el padre de esta infeliz criatura ¿en qué pierde el tiempo? Ahí viene.

Cándido Nieves, apenas se enteró de la advertencia, se presentó ante la tía, no fue áspero pero sí mucho menos manso que de costumbre y le preguntó si había pasado algún día sin comer.

-Usted todavía no ayunó más que para semana santa, ni siquiera cuando no quiere cenar conmigo. Nunca nos faltó el pan en la mesa...

-Lo sé muy bien, pero somos tres

-Seremos cuatro

-No es lo mismo

-¿Qué quiere que haga además de lo que ya hago?

- Algo más seguro. Fíjate el ebanista de la esquina, el hombre de la mercería, el tipógrafo que se casó el sábado, todos tienen un buen trabajo... No te enojés; no digo que seas un vago pero la ocupación que elegiste es vaga. Te pasas semanas sin ver una moneda.

-Sí, pero de repente llega una noche que compensa todo, hasta de sobra. Dios no me abandona, negro que escapa sabe que conmigo no se juega; casi nadie resiste, muchos se entregan enseguida.

Había gloria en esto, hablaba de la esperanza como un capital seguro. Al rato se reía y hacía reír a la tía, que era alegre por naturaleza y preveía una fiesta para el bautismo.

Cándido Nieves ya había perdido el oficio de tallador, así como había dejado muchos otros, mejores o peores. Atrapar esclavos fugitivos le trajo un nuevo encanto. Sólo exigía fuerza, ojo vivo, paciencia, coraje y un pedazo de cuerda. Cándido Nieves leía los anuncios, los copiaba, se los metía en el bolsillo y salía a investigar. Tenía buena memoria. Una vez fijados los rasgos y las costumbres de un esclavo fugitivo, le llevaba poco tiempo encontrarlo, agarrarlo, amarrarlo y trasladarlo. La fuerza era mucha, la agilidad también. Más de una vez, en una esquina, conversando sobre cosas remotas, veía pasar a un esclavo como los otros y enseguida descubría que era un fugitivo, quién era, el nombre, el dueño, su casa y la recompensa. Interrumpía la conversación y salía atrás del vicioso. No lo agarraba enseguida, elegía el lugar oportuno y, de un salto, tenía la recompensa en sus manos. No siempre salía sin sangre, las uñas y los dientes del otro trabajaban, pero generalmente los vencía sin el menor rasguño.

Un día las ganancias empezaron a escasear. Los esclavos fugitivos ya no caían, como los de antes, en las manos de Cándido Nieves. Había manos nuevas y hábiles. A medida que el negocio fue creciendo, más de un desocupado tomó coraje y una cuerda y fue a los diarios, copió los anuncios y se lanzó a cazar. En su propio barrio había más de un competidor. Así fue como las deudas de Cándido Nieves comenzaron a crecer, sin aquellos ingresos inmediatos y casi inmediatos de los primeros tiempos. La vida se hizo difícil y dura. Se comía fiado y mal; se comía tarde. El propietario exigía el pago del alquiler.

La necesidad de coser para afuera era tan grande que Clara no tenía siquiera tiempo de remendar la ropa del marido. La tía Mónica ayudaba a su sobrina, lógicamente. A la tarde, cuando él llegaba, se le notaba en la cara que no traía una moneda. Cenaba y salía otra vez, en busca de algún fugitivo. Ya le había pasado, aunque no era muy común, equivocarse de persona y agarrar a un esclavo fiel que iba a servicio de su señor, tal era la ceguera de la necesidad. Cierta vez capturó a un negro libre; se deshizo en disculpas pero recibió una buena cantidad de trompadas que le dieron los parientes del hombre.

-¡Es lo que te faltaba! exclamó la tía Mónica al verlo entrar y después de escucharlo narrar la equivocación y sus consecuencias. Deja eso Cándido; busca otra vida, otro trabajo.

Cándido había querido, efectivamente, hacer otra cosa, no tanto por tratarse de un consejo razonable sino por el simple gusto de cambiar de oficio; sería una manera de cambiar de piel o de persona. El problema era que no encontraba a mano un negocio que aprendiera rápido.

La naturaleza continuaba su marcha, el feto crecía, hasta hacerse pesado para la madre, antes de nacer. Llegó el octavo mes, mes de angustias y necesidades, aunque menos que el noveno, cuya narración también dispense. Mejor cuento sólo sus efectos. No podían ser más amargos.

-¡No tía Mónica! gritó Cándido recusando un consejo que me cuesta escribir, mucho más al padre oírlo. ¡Eso nunca!

La última semana del noveno mes la tía Mónica aconsejó a la pareja que llevase al bebé al Hogar de

Huérfanos. En realidad, no podía haber palabra más dura de tolerar para dos jóvenes padres que esperaban al bebé para besarlo, cuidarlo, verlo reír, crecer, engordar, saltar... ¿Abandonar qué? ¿Abandonar cómo? Cándido clavó los ojos fijamente en la tía y golpeó la mesa del comedor. La mesa, que era vieja y destartada, casi se desarma entera. Clara intervino:

-La tía querida no lo dice con mala intención, Candiño.

-¿Mala intención? respondió la tía Mónica. Mala o buena, sea lo que fuere, es lo mejor que pueden hacer. Deben todo; el arroz y la carne se están acabando. Si no aparece algo de dinero ¿cómo va a crecer la familia? Y después, hay tiempo, más tarde, cuando tengan la vida asegurada, los hijos que vengan serán recibidos con el mismo cuidado que éste, o más. Éste crecerá bien, no le faltará nada. ¿O acaso el Hogar es un descampado o un basurero? Allí no se mata a nadie, nadie muere en vano, mientras que aquí la muerte está asegurada con esta vida de privaciones. En fin...

La tía Mónica terminó la frase encogiéndose de hombros, les dio la espalda y se fue a la habitación. Ya había insinuado alguna vez aquella solución pero era la primera vez que lo hacía con tanta franqueza y valor, crueldad, si prefieren. Clara le extendió la mano a su marido, como para calmarlo. Cándido Nieves hizo una mueca y le dijo loca a la tía, en voz baja. La ternura de los dos fue interrumpida por alguien que golpeaba la puerta de la calle.

-¿Quién es? preguntó el marido.

-Soy yo.

Era el dueño de la casa, acreedor de tres meses de alquiler que venía en persona a amenazar al inquilino. Éste quiso que entrara.

-No es necesario...

-Hágame el favor.

El acreedor entró y no quiso sentarse, recorrió con la mirada el mobiliario para ver si había algo para embargar, le pareció que muy poco. Venía a cobrar los alquileres vencidos, no podía esperar más; si dentro de cinco días no estaban pagos, los dejaba en la calle. No había trabajado para regalarle nada a nadie. Al verlo, nadie diría que era propietario, pero la palabra suplía lo que le faltaba al gesto, y el pobre Cándido Nieves prefirió callar antes que retrucar. Se inclinó como haciendo una promesa y una súplica al mismo tiempo. El dueño de la casa no cedió más.

-¡Cinco días o a la calle! repitió mientras metía la mano en el picaporte de la puerta y salía.

Candiño también salió. En esos momentos no entraba nunca en desesperación, contaba con algún préstamo, no sabía cómo ni dónde, pero contaba. Demasiado, volvió a buscar los anuncios. Encontró varios, algunos ya viejos, pero hacía mucho los buscaba sin resultados. Perdió algunas horas sin provecho y volvió a casa. Después de cuatro días no encontró recursos; recurrió a los empeños, fue a hablar con amigos del propietario, no consiguió más que la orden de desalojo.

La situación era grave. No encontraban casa ni contaban con alguien que les prestase alguna; estaban en la calle. No contaban con la tía. La tía Mónica se las ingenió para conseguir alojamiento para los tres en la casa de una señora vieja y rica, que le prometió prestarle los cuartos bajos de la casa, al fondo de la cochera, a un costado del patio. Estuvo incluso más ingeniosa y no les dijo nada a los dos, para que Cándido Nieves, en la desesperación de la crisis, entregase en adopción al niño y encontrase algún medio seguro y estable de obtener dinero; recomponer su vida, en fin. Escuchaba las quejas de Clara, es verdad que no las repetía pero tampoco las consolaba. El día que fuesen obligados a dejar la casa, los sorprendería con la noticia del obsequio y dormirían mejor de lo que pensaban.

Así fue. Quedaron en la calle y se mudaron a los cuartos prestados, dos días después nació el bebé. La alegría del padre fue enorme, y la tristeza también. La tía Mónica insistió en dejar al bebé en el Hogar de Huérfanos. "Si tu no quieres llevarlo, déjame a mi, yo voy al Hogar". Cándido Nieves le pidió que no lo hiciera, que esperara, que él mismo lo llevaría. Sepan que era un varoncito y que los padres deseaban

justamente este sexo. Le dieron algo de leche y, como esa noche llovía, el padre decidió llevarlo al Hogar la noche siguiente.

Aprovechó y revisó todas sus notas de esclavos fugitivos. La mayoría de las recompensas eran promesas; algunas tenían la suma escrita y escaza. Pero había una que superaba los cien mil pesos. Se trataba de una mulata, incluía indicaciones de rasgos y de vestimenta. Cándido Nieves la había estado buscando sin suerte y había abandonado el asunto, se imaginó que algún amante de la esclava la había protegido. Pero ahora, considerando la cantidad y la falta que hacía, Cándido Nieves se animó a hacer el último gran esfuerzo. Salió por la mañana a mirar y a indagar por la calle y la plaza Carioca, la calle del Parto y la calle de la Ayuda, donde, según el anuncio, parecía que andaba la mujer. No la encontró, sólo un farmacéutico de la calle de la Ayuda se acordaba de haberle vendido una caja de algún remedio tres días antes a una persona con esos rasgos. Cándido Nieves le hablaba como si fuese el dueño de la esclava y le agradeció con cortesía la noticia. Con otros fugitivos de recompensa incierta y barata no había tenido mejor suerte.

Volvió a la triste casa que le habían prestado. La tía Mónica le había cedido su comida a la madre y había preparado al niño para llevarlo al Hogar. El padre, a pesar del acuerdo que tenían, casi no pudo esconder el dolor del espectáculo. No quiso comer lo que la tía Mónica le había guardado; no tenía hambre, dijo, y era verdad. Elucubró mil maneras de quedarse con su hijo, ninguna era válida. No podía olvidar el propio albergue en el que vivía. Lo consultó con su mujer, que se mostró resignada. La tía Mónica le había vaticinado la crianza del niño, la miseria crecería y hasta podía suceder que el niño no pudiese escapar de la muerte. Cándido Nieves se vio obligado a cumplir su promesa, le pidió a su mujer que le diera al hijo toda la leche que tenía. Así fue, y salió en dirección a la calle del Hogar.

Que había pensado más de una vez en volver a casa con él, es cierto; no menos cierto es que lo abrigaba mucho, que lo besaba, que le cubría el rostro para preservarlo de la intemperie. Al doblar en la calle de la Guardia Vieja, Cándido Nieves comenzó a aflojar el paso.

-Lo entregaré lo más tarde que pueda, murmuró.

Pero como la calle no era infinita, ni siquiera era larga, en algún momento llegaría; fue entonces cuando entró en una de las cortadas que se conectaban con la calle de la Ayuda. Llegó al final de la cortada y doblando a la derecha, en dirección a la plaza de la Ayuda, vio del lado opuesto una silueta de mujer, era la mulata fugitiva. No describo aquí la conmoción de Cándido Nieves por no poder hacerlo con la intensidad real. Un adjetivo basta; digamos enorme. La mujer bajó y él la siguió; a pocos pasos estaba la farmacia donde había obtenido la información a la que me referí más arriba. Entró, encontró al farmacéutico y le pidió que por favor cuidase al niño por un instante; vendría a buscarlo sin falta.

-Pero...

Cándido Nieves no le dio tiempo de decir nada; salió rápido, cruzó la calle hasta el punto en el que, sin llamar la atención, pudiera agarrar a la mujer. En el extremo de la calle, cuando estaba por bajar por la San José, Cándido Nieves se acercó. Era ella, era la mulata fugitiva.

-¡Arminda! gritó, como figuraba en el anuncio.

Arminda se dio vuelta sin sospechar nada. Cuando él sacó el pedazo de cuerda del bolsillo y le agarró los brazos, ella comprendió y quiso huir. Ya era imposible. Cándido Nieves, con sus manos robustas, le ataba las muñecas y la obligaba a caminar. La esclava quiso gritar, parece que llegó a soltar una voz más alta que de costumbre pero pronto entendió que nadie vendría a liberarla, al contrario. Entonces le pidió por el amor de Dios que la soltara.

-¡Estoy embarazada, mi señor! exclamó. Si usted tiene algún hijo, le pido por el amor de él que me suelte; yo seré su esclava, le serviré por el tiempo que desee. ¡Suéltame mi señor!

-¡Camina! repitió Cándido Nieves.

-¡Suéltame!

-No quiero demoras ¡camina!

Se desató una pelea porque la esclava, gimiendo, se arrastraba, a ella y a su hijo. Si alguien pasaba o estaba en la puerta de algún negocio, comprendía lo que estaba sucediendo y naturalmente no acudía. Arminda iba alegando que el señor era muy malo y probablemente la castigaría con azotes, que en su estado eso sería peor. Claramente, la castigaría con azotes.

-Tú tienes la culpa. ¿Quién te manda a hacer hijos y después huir? preguntó Cándido Nieves.

Estaba intranquilo porque había dejado a su hijo esperando en la farmacia. Además es verdad que no solía decir grandes cosas. Fue arrastrando a la esclava por la calle de los Orfebres, en dirección a la Aduana, donde vivía el señor. En la esquina, la pelea se intensificó; la esclava puso los pies en la pared, retrocedió con gran esfuerzo, inútilmente. Lo único que consiguió fue, a pesar de estar cerca de la casa, tardar más tiempo de lo necesario en llegar. Llegó, finalmente, arrastrada, desesperada, jadeando. Hasta se arrodilló, pero fue en vano. El señor estaba en casa, acudió al llamado y oyó los ruidos.

-Aquí está la fugitiva, dijo Cándido Nieves.

-Es ella.

-¡Mi señor!

-Vamos, entra...

Arminda se cayó en el pasillo. Ahí mismo el dueño de la esclava abrió la billetera y sacó los cien mil de recompensa. Cándido Nieves guardó los dos billetes de cincuenta mil mientras el señor le decía a la esclava, una vez más, que entrara. En el piso, donde yacía, empapada de miedo y de dolor, y después de pelearla durante un tiempo, la esclava abortó.

El fruto de algún tiempo entró sin vida en este mundo, entre los gemidos de la madre y los gestos de desesperación del dueño. Cándido Nieves vio todo el espectáculo. No sabía qué hora era. De cualquier manera urgía correr a la calle de la Ayuda y fue lo que hizo sin querer conocer las consecuencias del desastre.

Cuando llegó, vio al farmacéutico solo, sin el hijo que le había entregado. Quiso estrangularlo. Afortunadamente el farmacéutico le explicó todo a tiempo, el niño estaba adentro con la familia, entraron. El padre recibió al hijo con la misma furia con la que había atrapado a la esclava fugitiva hacía un rato, una furia diferente, lógico, furia de amor. Agradeció rápido y mal, y salió a las corridas, no fue al Hogar, sino a la casa prestada, con su hijo y los cien mil pesos de recompensa. La tía Mónica, después de escuchar la explicación, aceptó el regreso del pequeño porque traía los cien mil. Dijo algunas palabras duras contra la esclava, por el aborto, además de la fuga. Cándido Nieves, besando al hijo, entre lágrimas verdaderas, bendecía la fuga y no le importaba el aborto.

-No todos los bebés crecen, le latió el corazón.

EL BLOQUEO

(Murilo Rubião)

*Próximo está a llegar éste su tiempo,
Y sus días no están remotos.
Isaías, XIV*

AL TERCER DÍA de haber dormido en el pequeño departamento de un edificio recién terminado, oyó los primeros ruidos. Normalmente tenía el sueño pesado y aun después de despertarse le tomaba tiempo integrarse al nuevo día, confundiendo pedazos de sueño con fragmentos de la realidad. No dio importancia, de inmediato, a la vibración de los vidrios, atribuyéndola a una pesadilla.

La oscuridad del aposento contribuía a fortalecer esa frágil certeza. El barullo era intenso. Venía de los pisos superiores y se parecía a los producidos por las palas de demolición. Encendió la luz y consultó el reloj: las tres. Le pareció raro. Las normas del condominio no permitían un trabajo de esa naturaleza en plena madrugada. Pero la máquina proseguía su impiadosa tarea, los sonidos aumentaban, y crecía la irritación de Gerión contra la compañía inmobiliaria que le garantizara una excelente administración. De repente los ruidos cesaron.

Se durmió nuevamente y soñó que estaba siendo aserrado a la altura del tórax. Se despertó presa del pánico; una poderosa sierra ejercitaba sus dientes con los pisos de arriba, cortando material de gran resistencia, que se pulverizaba al desintegrarse.

Oía a intervalos explosiones secas, el movimiento de una nerviosa demoledora, el martillar acompasado de un mazo sobre los postes. ¿Estarían construyendo o destruyendo?

Del temor a la curiosidad, titubeó entre averiguar lo que estaba pasando o juntar los objetos de mayor valor y marcharse antes de la destrucción final.

Prefirió correr el riesgo en vez de volver a su casa, que abandonara, de prisa, por motivos de orden familiar. Se vistió, a través del oscilante ventanal, miró la calle, la mañana soleada, pensando si aún vería otras.

Apenas abrió la puerta, le llegó al oído el machacar de varias brocas y poco después estallidos de cabos de acero que se rompían, el ascensor precipitándose a trompicones por el pozo hasta reventar allá abajo con una violencia que hizo temblar el edificio entero.

Retrocedió despavorido, trancándose en el departamento, con el corazón latiéndole desordenadamente — Es el fin, pensó—. Mientras tanto, el silencio casi se recompuso, oyéndose apenas a lo lejos estallidos intermitentes, el lijar irritante de metales y concreto.

Por la tarde, la calma volvió al edificio, dándole coraje a Gerión para acercarse a la terraza a averiguar la magnitud de los estragos. Se encontró a cielo abierto. Cuatro pisos habían desaparecido, como si hubieran sido cortados meticulosamente, limadas las puntas de las vigas, aserrados los maderos, trituradas las lajas. Todo reducido a fino polvo amontonado en los rincones.

No veía rastros de las máquinas. Tal vez ya estuvieran distantes, transferidas a otra construcción, concluyó aliviado.

Descendía tranquilo las escaleras, silbando una melodía de moda, cuando sufrió el impacto de la decepción: toda la gama de ruidos que había escuchado durante el día le llegaba de los pisos inferiores.

Telefonó a la portería. Tenía pocas esperanzas de recibir explicaciones satisfactorias sobre lo que estaba ocurriendo.

El propio portero lo atendió:

-Obras de rutina. Le pedimos disculpas, principalmente usted por ser usted nuestro único inquilino. Hasta ahora, claro.

-¿Qué rayos de rutina es esa de arrasar con el edificio?

-Dentro de tres días todo se acabará -dijo, colgando el fono.

-Todo acabado. Bolas. -Se encaminó hacia la diminuta cocina ocupada, en buena parte, por latas vacías. Preparó sin entusiasmo la comida, hartado de enlatados.

¿Sobreviviría a las latas? Miraba melancólico la reserva de alimentos, hecha para durar una semana.

Sonó el teléfono. Soltó el plato, intrigado con la llamada. Nadie conocía su nueva dirección. Se había inscrito en la Compañía de Teléfonos y había alquilado el departamento con nombre falso. Seguramente sería una llamada equivocada.

Era su mujer, lo que aumentó su desánimo.

-¿cómo me descubriste? —Oyó una risita al otro lado de la línea. (La gorda debía estar comiendo bombones. Tenía siempre algunos al alcance de la mano).

-¿Por qué nos abandonaste, Gerión? Regresa a casa. No sobrevivirás sin mi dinero. ¿Quién te dará un empleo? (A esas alturas Margarerbe ya estaría lamiéndose los dedos embarrados de chocolate o limpiándose los en la bata estampada de rojo, su color predilecto. La puerca.)

-Vete al diablo. Tú, tu dinero, tu gordura.

Se había desligado momentáneamente de los ruidos, inmerso en la desesperanza.

Buscó en el bolsillo un cigarrillo y verificó con desagrado que tenía pocos. Se le había olvidado aprovisionarse de más paquetes. Mentó la madre.

Con la mano sobre el fono colgado, Gerión hizo una mueca al oír nuevamente el sonido de la campanilla.

-¿Papá?

Se le dibujó una sonrisa triste:

-Hijita.

-Podrías regresar y leerme ese libro del caballo verde.

La parte aprendida de memoria terminaba y Seatéia comenzaba a tartamudear:

-Papi... Nos gustaría que vinieras, pero sé que no quieres... No vengas, si ahí estás mejor...

La comunicación fue interrumpida bruscamente.

Desde el comienzo lo había sospechado y luego se convenció de que su hija había sido obligada a llamarlo, en un intento de explotarlo emocionalmente. En esos instantes estaría siendo golpeada por no haber seguido las instrucciones de la madre al pie de la letra.

Asqueado, lamentaba el fracaso de su fuga. Volvería a compartir el mismo lecho con su esposa, encogido, el cuerpo de ella ocupando dos tercios de la cama. El ronquido, los gases.

Pero no podría permitir que el odio de Margarerbe fuera transferido a Seatéia. Ella recurriría a todas las formas de tortura para vengarse de él, a través de su hija.

Los ruidos habían perdido su fuerza inicial. Disminuían, cesaron por completo.

Gerión descendía la escalera indeciso en cuanto a la necesidad del sacrificio.

Ocho pisos abajo, la escalera terminó abruptamente. Transido de miedo, con un pie suspendido en el aire, retrocedió, cayéndose hacia atrás.

Sudaba, las piernas le temblaban.

No conseguía levantarse, estaba como pegado al escalón.

Tardó en recuperarse. Pasado el vértigo, vio abajo el terreno limpio, como si nunca hubiera habido allí una construcción. Ninguna señal de maderos, pedazos de fierro, ladrillos, apenas el fino polvo amontonado a los lados del terreno.

Regresó al departamento aún bajo la conmoción del susto. Se dejó caer en el sofá. Impedido de regresar a casa, experimentó el gusto de la plena soledad. Conocía su egoísmo, desentendiéndose de los problemas futuros de su hija. Tal vez la quería por la obligación natural que tienen los padres de amar a sus hijos.

¿Había querido a alguien?

-Desvió el curso de su pensamiento, cómoda fórmula para escapar a la vigilancia de la conciencia. Aguardaba pacientemente una nueva llamada de su mujer y, esperándola, surgió en sus ojos un sádico placer. Hacía tiempo que venía aguardando esa oportunidad, que le permitiera devolver con dureza las humillaciones acumuladas y vengarse de la permanente sumisión a la que era sometido por los caprichos de Margarerbe, llamándolo a toda hora y delante de los sirvientes; parásito, incapaz.

Escogería bien sus adjetivos. No llegó a usarlos: una corriente luminosa destruyó el alambre telefónico. En el aire flotó durante unos segundos una polvareda de colores. Se cerraba el bloqueo.

Después de algunas horas de absoluto silencio, ella volvía: ruidosa, mansa, sorda, suave, estridente, monocorde, disonante, polifónica, rítmica, melodiosa, casi musical. Se meció en un vals bailando hacía varios años. Sonidos ásperos espantaron la imagen venida de su adolescencia, superpuesta luego por la de Margarerbe, que él mismo ahuyentó.

Se despertó avanzada la noche con un terrible grito que resonaba por los corredores del edificio. Permaneció inmóvil en la cama, en agónica espera: ¿emitiría la máquina voces humanas? –prefirió creer que había soñado, pues lo único real era el barullo monótono de una excavadora que funcionaba en los pisos cercanos.

Más tranquilo, analizaba los acontecimientos de los días anteriores, concluyendo que, por lo menos, los ruidos venían espaciados y que el aserrar de fierros y madera ya no le herían los nervios. Caprichosos e irregulares, cambiaban rápidamente de un piso a otro, desorientando a Gerión en cuanto a los objetivos de la máquina.

-¿Por qué una y no varias, ejecutando funciones diversas y autónomas, como inicialmente creyó?

-La certeza de su unidad había calado hondo en él sin aparente explicación pero de manera irreductible. Sí, única y múltiple en su acción.

Los ruidos se aproximaban. Adquirían suavidad y constancia haciéndole pensar que pronto llenarían el departamento.

Se acercaba el momento crucial y le costaba contener el impulso de ir al encuentro de la máquina que había perdido mucho de su antiguo rigor o realizaba su trabajo con deliberada morosidad, perfeccionando la obra, para gozar poco a poco de los instantes finales de la destrucción.

A la vez del deseo de enfrentarla, descubrir los secretos que la hacían tan poderosa, tenía miedo del encuentro. Se enredaba entretanto en su fascinación, afinando el oído para captar los sonidos que, en aquella hora, se agrupaban en escala cromática en el corredor, mientras en la sala penetraban los primeros rayos de luz.

Sin poder resistir la expectativa, abrió la puerta. Hubo una súbita ruptura en la escalera de los ruidos y escuchó aún el eco de los estallidos que desaparecieron aceleradamente por la escalera. En los rincones de la pared comenzaba a acumularse un polvo ceniciento y fino.

Repitió la experiencia, pero la máquina persistía en esconderse, sin que él supiera si por simple pudor o porque aún era temprano para mostrarse, desnudando su misterio.

El ir y venir de la destructora, sus constantes fugas, redoblan la curiosidad de Gerión que no soportaba la espera, el temor de que ella tardase en aniquilarlo o que jamás lo destruyese.

Por las grietas seguían entrando las luces de colores, formando y deshaciendo en el aire un continuo arco iris: ¿tendría tiempo de contemplarla en la plenitud de sus colores?

Cerró la puerta con llave.

El muchacho del saxofón

(Lygia Fagundes Telles, 1970)

Yo era un chofer de camión y ganaba ríos de dinero con un tipo que se dedicaba al contrabando. Aún hoy no entiendo por qué fui a parar a la pensión de aquella señora, una polaca que se lanzó a la vida fácil siendo joven y, ya entrada en años, no dudó en abrir aquel hotelucho. Eso fue lo que me contó James, un tipo que tragaba hojas de afeitar, mi compañero de mesa en los días en que estuve enzarzado por allá. Había pensionistas y también transeúntes, una chusma que entraba y salía limpiándose los dientes, algo para mí insostenible. Un día planté a una mujer sólo porque, en nuestra primera cita, metió el palillo entre los dientes después de comer un bocadillo y se quedó con la boca tan desguarnecida que conseguía ver lo que el palillo escarbaba. Bien, pero yo decía que en aquel hotelucho estaba de paso. La comida, una porquería, y como si no bastase tener que tragar aquellas lavaduras, aun debíamos soportar unos malditos enanos que se enredaban entre nuestras piernas. Y estaba la música del saxofón.

No es que no me gustase la música; siempre me gustó oír todo tipo de charanga en mi radio por la noche, en la carretera, mientras voy haciendo mi faena. Pero aquel saxofón era capaz de retorcer a cualquiera. Tocaba muy bien, no lo dudo. Lo que me sacaba de quicio era la forma, una forma triste como un demonio. Creo que nunca más voy a oír a alguien que toque el saxofón como lo hacía aquel tipo.

- ¿Qué es eso? – le pregunté al de las hojas de afeitar. Era mi primer día en la pensión y aún no sabía nada. Señalé el techo que parecía de cartón, de tan fuerte que llegaba música hasta nuestra mesa-. ¿Quién está tocando?

- Es el muchacho del saxofón.

Mastiqué más despacio. Ya había escuchado antes saxofón, pero ese de la pensión no lo conseguiría reconocer ni aquí ni en la Cochinchina.

- ¿Y el cuarto de ese chico queda aquí encima?

James se metió una papa entera en la boca. Sacudió la cabeza y abrió más la boca, humeante como un volcán la papa caliente allá en el fondo. Sopló bastante tiempo el vapor antes de contestar.

- Sí, aquí encima.

Un buen compañero ese James. Trabajaba en un parque de diversiones, pero como ya se sentía medio viejo, quería ver si se asentaba en un negocio de billetes. Esperé que acabase la papa mientras iba llenando mi tenedor.

- Es una música cruelmente triste – continué.

- Su mujer le pone los cuernos hasta con el loro –contestó James, mojando la miga de pan en el fondo del plato para aprovechar la salsa-. El pobre pasa todo el día encerrado, ensayando. No baja ni siquiera para comer. Mientras tanto, la muy cabrona se acuesta con cualquier cristiano que se le ponga por delante.

-Y contigo, ¿también se acostó?

- Es medio flacucha para mi gusto, pero es bonita. Y tierna. Entonces le hice la pelota, ¿me entiendes? Pero ya vi que no tengo suerte con las mujeres: tuercen la nariz al saber que trago hojas de afeitar. Supongo que se quedan con miedo de cortarse...

“Tuve ganas de reír, pero exactamente en ese instante, como una boca que quiere gritar, tapada con una mano, entresaliendo por los dedos los sonidos exprimidos. Entonces recordé aquella chica que recogí una noche en mi camión. Salió para tener el hijo en el pueblo, pero no aguantó y cayó allí mismo en la carretera, dando vueltas como un animal.

La acomodé en la carrocería y corrí como un loco para llegar cuanto antes, aterrorizado con la idea de que el hijo naciese en el camino y rompiese a aullar como la madre. Al final, para no colmar mi paciencia, ahogaba sus gritos en la lona, pero juro que sería mejor que gritase al mundo: aquel continuo ahogo de gemidos ya me estaba enfermando. Caray, no le deseo aquel cuarto de hora ni a mi peor enemigo.

- Parece alguien pidiendo socorro – dije, llenando de cerveza mi vaso-¿No tendrá una música más alegre?

James se encogió de hombros.

- Los cuernos duelen ...

En ese primer día supe también que el chico del saxofón tocaba en un bar; sólo regresaba de madrugada. Dormía en un cuarto separado del de su mujer.

- Pero, ¿por qué? – pregunté, bebiendo de prisa para terminar cuanto antes y marcharme. La verdad es que no tenía nada que ver con todo aquello; nunca me metí en la vida de nadie, pero era mejor el tra-la-lá de James que el saxofón.

- ¿Y los demás no reclaman?

- Ya se acostumbraron.

Le pregunté dónde estaba el W.C. y me levanté antes que James se empezase a escarbar los dientes que le sobaban. Cuando subí la escalera de caracol, tropecé con un enano que bajaba. “Un enano”, pensé.

Al salir del W.C. lo encontré en el pasillo, pero ahora vestía ropa diferente. “Cambió de ropa”, me dije medio extrañado, había sido demasiado rápido. Y ya bajaba por la escalera cuando pasó otra vez delante de mí, pero con otra ropa. Me quedé medio atontado. ¿Pero qué diablo de enano es ése que cambia de ropa

de dos en dos minutos? Lo entendí más tarde: no era uno solo, sino un trío, miles de enanos rubios con el pelo peinado de lado.

- ¿Puede decirme de dónde salen tantos enanos? – le pregunté a la dueña y ella se echó a reír.

- Todos artistas, mi pensión tiene casi sólo artistas...

Me quedé viendo con qué cuidado el camarero empezó a amontonar almohadones en las sillas para que ellos se sentasen. Comida ruin, enano y saxofón. No aguanto enanos, y ya había decidido pagar y desaparecer, cuando ella apareció. Llegó por detrás. Palabra que había espacio para que pasase un batallón, pero ella se las arregló para tropezar conmigo.

- Con permiso.

No tuve que preguntar para saber que aquella era la mujer del muchacho del saxofón. En ese momento el saxofón ya había parado. Me quedé mirándola. Era delgada, sí, pero tenía el trasero redondo y un andar muy cadencioso. El vestido rojo no podía ser más corto. Ocupó una mesa solitaria y bajando los ojos empezó a descascarar el pan con la punta de la uña roja. De pronto se rio y le apareció un hoyito en el mentón. ¡Qué ganas tuve, carajo, de ir allí, agarrarla por la barbilla y saber por qué se estaba riendo! Me quedé riendo yo también.

- ¿A qué hora es la cena? – pregunté a la dueña, mientras pagaba.

- Va de las siete a las nueve. Mis pensionistas fijos suelen comer a las ocho – me avisó, doblando el dinero y mirando socarronamente a la mujer de rojo. ¿A usted le gustó la comida?

Volví a las ocho en punto. El tal James ya masticaba su bife. En la sala estaban un vejete de barbilla, profesor de magia, a lo que parecía, y el enano de ropa a cuadros. Pero ella no estaba. Me animé un poco cuando vino un plato de pasteles: tengo locura por los pasteles. James empezó a hablar entonces de una pelea en el parque de diversiones, ella entró, charlando bajito con un tipo de bigote pelirrojo. Subieron la escalera como dos gatos pisando mullidamente. No tardó nada y ya el saxofón se puso otra vez a tocar.

- Sí, señor – dije, y James pensó que yo estaba hablando de la pelea.

- ¡Lo peor es que yo estaba completamente borracho, mal me pude defender!

Mordí un pastel con más humo dentro que otra cosa. Examiné los restantes, intentando descubrir alguno más relleno.

- ¡Cómo toca de bien ese condenado...! ¿Quiere decir que nunca viene a comer?

James tardó en entender de lo que estaba hablando. Hizo una mueca. Ciertamente prefería el asunto del parque.

- Come en la habitación, quién sabe, tiene vergüenza de la gente – refunfuñó, sacando un palillo-. Me da pena, pero a veces le tengo rabia, cornudo idiota. ¡Si fuese otro, ya habría acabado con la vida de ella!

Ahora la música subía a un agudo tan estridente que me dolían los oídos. Pensé de nuevo en la muchacha deshaciéndose de dolor en la carrocería, pidiendo socorro a no sé quién más.

- ¡No soporto eso, carajo!

- ¿Qué?

Crucé los cubiertos. La música al máximo, los dos al máximo encerrados en la habitación y yo allí, viendo al canalla de James limpiarse los dientes. Tuve ganas de arrojar al techo mi plato de guayaba con queso y escabullirme lejos de todo aquel malestar.

- ¿Es fresco el café? – le pregunté al mulatito, que ya limpiaba la mesa aceitosa con un trapo mugriento como su propia cara.

- Hecho ahora.

Por la cara, vi que era mentira.

- No es necesario, lo tomo en la esquina.

Paró la música. Pagué, guardé el cambio y miré fijamente hacia la puerta porque tuve el presagio que ella iba a aparecer. Y apareció con un airecito de gata de tejado, el pelo suelto en la espalda y el vestidito amarillo, aún más corto que el rojo. El tipo del bigote pasó enseguida, abrochándose la chaqueta.

Saludó a la dueña, puso cara de quien tiene mucho que hacer y salió a la calle.

- ¡Sí, señor!

- ¿Sí señor, qué? – preguntó James.

- Cuando ella entra en el cuarto con un fulano, él empieza a tocar, y para, cuando ella termina. ¿Te diste cuenta?

Basta que ella se encierre y él empieza.

James pidió otra cerveza. Miró el techo.

- Las mujeres son el demonio ...

Me levanté, y cuando pasé junto a la mesa de ella, anduve más despacio. Entonces dejó caer la servilleta. Al agacharme, me agradeció, con los ojos bajos.

- Vaya, no hacía falta que se molestase.

Raspé un fósforo para encenderle el cigarrillo. Sentí fuerte su perfume.

- ¿Mañana? – le pregunté, ofreciéndole los fósforos-. ¿A las siete está bien?

- Es la puerta que queda al lado de la escalera, a la derecha de quién sube.

Salí enseguida, fingiendo no ver la carita maliciosa de uno de los enanos que estaba cerca, y arranqué en mi camión, antes que la dueña viniese a preguntarme si me estaba gustando el menjunje. Al día siguiente llegué a las siete en punto. Llovía a cántaros y tenía que viajar toda la noche. El pequeño mulato ya amontonaba en las sillas los almohadones para los enanos. Subí la escalera sin hacer ruido, preparándome para explicar que iba al W.C. por si alguien aparecía. Pero nadie apareció. En la primera puerta, la de la derecha de la escalera, golpeé suavemente y fui entrando. No sé cuánto tiempo me quedé parado en medio del cuarto: estaba allí un muchacho con un saxofón. Estaba sentado en una silla, en mangas de camisa, mirándome sin decir una palabra. No parecía ni siquiera asustado, sólo me miraba.

- Perdón, me equivoqué de habitación – le dije, con una voz que no sé aun hoy a dónde fui a buscar.

El muchacho apretó el saxofón contra el pecho hundido.

-Es en la puerta siguiente – dijo con voz de susurro, señalando con la cabeza.

Busqué los cigarrillos sólo para hacer algo. ¡Qué situación, carajo! ¡Si pudiese, agarraría a aquella tipa por el pelo, la muy estúpida! Le ofrecí un cigarrillo.

- ¿Quieres uno?

- Gracias, no puedo fumar.

Fui retrocediendo de espaldas. Y de repente no aguanté. Si él hubiese esbozado cualquier gesto, dicho cualquier cosa, aún me dominaría, pero aquella calma brutal me sacó de quicio.

- ¿Y tú aceptas todo eso así tan tranquilo? ¿Por qué no le das una buena paliza, no la mandas a patadas con maleta y todo al centro de la calle? ¡Si fuese tú, carajo, ya la habría partido al medio! Perdóname por entrometerme, ¡pero no irás a decir que no haces nada!

- Yo toco el saxofón.

Me quedé mirando primero su cara, que de tan blanca parecía hecha de yeso. Después miré el saxofón. El dejaba deslizar sus largos dedos por los botones, de abajo para arriba, de arriba para abajo, muy despacio,

esperando que yo saliese para empezar a tocar. Limpió con un pañuelo la boquilla del instrumento, antes de empezar con aquellos malditos aullidos.

Golpeé la puerta. En ese momento la puerta de al lado se abrió despacito. Conseguí ver la mano de ella, agarrando la manija para que el viento no la abriese demasiado. Me quedé aún detenido un instante, sin saber qué hacer. Juro que no tomé enseguida la decisión, ella estaba esperando y yo parado como un idiota; entonces, ¡Cristo bendito! ¿Y entonces? Fue cuando empezó muy lentamente la música del saxofón. Me quedé capón en el mismo momento, porra. Bajé la escalera a saltos. En la calle tropecé con uno de los enanos metido en un impermeable, esquivé otro que ya venía detrás y me encerré en el camión. Oscuridad y lluvia. Cuando puse en marcha el motor, el saxofón ya subía a un agudo que no llegaba nunca al final. Mi ansia por huir era tan fuerte que el camión arrancó desenfrenado, de golpe.

La imitación de la rosa

(Clarice Lispector, 1960)

Antes de que Armando volviera del trabajo la casa debería estar arreglada, y ella con su vestido marrón para atender al marido mientras él se vestía, y entonces saldrían tranquilamente, tomados del brazo como antaño. ¿Desde cuándo no hacían eso?

Pero ahora que ella estaba nuevamente «bien», tomarían el autobús, ella miraría por la ventanilla como una esposa, su brazo en el de él, y después cenarían con Carlota y Juan, recostados en la silla con intimidad. ¿Desde hacía cuánto tiempo no veía a Armando recostarse con confianza y conversar con un hombre? La paz de un hombre era, olvidado de su mujer, conversar con otro hombre sobre lo que aparecía en los diarios. Mientras tanto, ella hablaría con Carlota sobre cosas de mujeres, sumisa a la voluntad autoritaria y práctica de Carlota, recibiendo de nuevo la desatención y el vago desprecio de la amiga, su rudeza natural, y no más aquel cariño perplejo y lleno de curiosidad, viendo, en fin, a Armando olvidado de la propia mujer. Y ella misma regresando reconocida a su insignificancia. Como el gato que pasa la noche fuera y, como si nada hubiera sucedido, encuentra, sin ningún reproche, un plato de leche esperándolo. Felizmente, las personas la ayudaban a sentir que ahora estaba «bien». Sin mirarla, la ayudaban activamente a olvidar, fingiendo ellas el olvido, como si hubiesen leído las mismas indicaciones del mismo frasco de remedio. O habían olvidado realmente, quién sabe. ¿Desde hacía cuánto tiempo no veía a Armando recostarse con abandono, olvidado de ella? ¿Y ella misma?

Interrumpiendo el arreglo del tocador, Laura se miró al espejo: ¿ella misma, desde hacía cuánto tiempo? Su rostro tenía una gracia doméstica, los cabellos estaban sujetos con horquillas detrás de las orejas grandes y pálidas. Los ojos marrones, los cabellos marrones, la piel morena y suave, todo daba a su rostro ya no muy joven un aire modesto de mujer. ¿Acaso alguien vería, en esa mínima punta de sorpresa que había en el fondo de sus ojos, alguien vería, en ese mínimo punto ofendido, la falta de los hijos que nunca había tenido?

Con su gusto minucioso por el método —el mismo que cuando niña la hacía copiar con letra perfecta los apuntes de clase, sin comprenderlos—, con su gusto por el método, ahora, reasumido, planeaba arreglar la casa antes de que la sirvienta saliese de paseo para que, una vez que María estuviera en la calle, ella no necesitara hacer nada más que: 1) vestirse tranquilamente; 2) esperar a Armando, ya lista; 3) ¿qué era lo tercero? ¡Eso es! Era eso mismo lo que haría. Se pondría el vestido marrón con cuello de encaje color crema. Después de tomar su baño. Ya en los tiempos del Sacré Coeur ella había sido muy arregladita y limpia, con mucho gusto por la higiene personal y un cierto horror al desorden. Lo que no había logrado nunca que Carlota, ya en aquel tiempo un poco original, la admirase. La reacción de las dos siempre había sido diferente. Carlota, ambiciosa, siempre riéndose fuerte; ella, Laura, un poco lenta y, por así decir, cuidando de mantenerse siempre lenta; Carlota, sin ver nunca peligro en nada. Y ella cuidadosa. Cuando le dieron para leer la *Imitación de Cristo*, con un ardor de burra ella lo leyó sin entender pero, que Dios la perdonara, había sentido que quien imitase a Cristo estaría perdido; perdido en la luz, pero peligrosamente perdido. Cristo era la peor tentación. Y Carlota ni siquiera lo había querido leer, mintiéndole a la monja que sí lo había leído. Eso mismo. Se pondría el vestido marrón con cuello de encaje verdadero.

Pero cuando vio la hora recordó, con un sobresalto que le hizo llevarse la mano al pecho, que había olvidado tomar su vaso de leche.

Se encaminó a la cocina y, como si hubiera traicionado culpablemente a Armando y a los amigos devotos, junto al refrigerador bebió los primeros sorbos con una ansiosa lentitud, concentrándose en cada trago con fe, como si estuviera indemnizando a todos y castigándose ella. Como el médico había dicho: «Tome leche entre las comidas, no esté nunca con el estómago vacío, porque eso provoca ansiedad», ella,

entonces, aunque sin amenaza de ansiedad, tomaba sin discutir trago por trago, día por día, sin fallar nunca, obedeciendo con los ojos cerrados, con un ligero ardor para que no pudiera encontrar en sí la menor incredulidad. Lo incómodo era que el médico parecía contradecirse cuando, al mismo tiempo que daba una orden precisa que ella quería seguir con el celo de una conversa, también le había dicho: «Abandónese, intente todo suavemente, no se esfuerce por conseguirlo, olvide completamente lo que sucedió y todo volverá con naturalidad». Y le había dado una palmada en la espalda, lo que la había lisonjeado haciéndola enrojecer de placer. Pero en su humilde opinión una orden parecía anular a la otra, como si le pidieran comer harina y al mismo tiempo silbar. Para fundirlas en una sola, empezó a usar una estratagema: aquel vaso de leche que había terminado por ganar un secreto poder, y tenía dentro de cada trago el gusto de una palabra renovando la fuerte palmada en la espalda, aquel vaso de leche era llevado por ella a la sala, donde se sentaba «con mucha naturalidad», fingiendo falta de interés, «sin esforzarse», cumpliendo de esta manera la segunda orden. «No importa que yo engorde», pensó, lo principal nunca había sido la belleza.

Se sentó en el sofá como si fuera una visita en su propia casa que, recientemente recuperada, arreglada y fría, recordaba la tranquilidad de una casa ajena. Lo que era muy satisfactorio: al contrario de Carlota, que hiciera de su hogar algo parecido a ella misma, Laura sentía el placer de hacer de su casa algo impersonal; en cierto modo perfecto por ser impersonal.

Oh, qué bueno era estar de vuelta, realmente de vuelta, sonrió ella satisfecha. Tomando el vaso casi vacío, cerró los ojos con un suspiro de dulce cansancio. Había planchado las camisas de Armando, había hecho listas metódicas para el día siguiente, calculando minuciosamente lo que iba a gastar por la mañana en el mercado, realmente no había parado un solo instante. Oh, qué bueno era estar de nuevo cansada.

Si un ser perfecto del planeta Marte descendiera y se enterara de que los seres de la Tierra se cansaban y envejecían, sentiría pena y espanto. Sin entender jamás lo que había de bueno en ser gente, en sentirse cansada, en fallar diariamente; solo los iniciados comprenderían ese matiz de vicio y ese refinamiento de vida.

Y ella retornaba al fin de la perfección del planeta Marte. Ella, que nunca había deseado otra cosa que ser la mujer de un hombre, reencontraba, grata, su parte diariamente falible. Con los ojos cerrados suspiró agradecida. ¿Cuánto tiempo hacía que no se cansaba? Pero ahora se sentía todos los días casi exhausta y planchaba, por ejemplo, las camisas de Armando, siempre le había gustado planchar y sin modestia podía decir que era una planchadora excelente. Y después, en recompensa, quedaba exhausta. No más aquella atenta falta de cansancio, no más aquel punto vacío y despierto y horriblemente maravilloso dentro de sí. No más aquella terrible independencia. No más la facilidad monstruosa y simple de no dormir ni de día ni de noche —que en su discreción la hiciera súbitamente sobrehumana en relación con un marido cansado y perplejo—. Él, con aquel aire que tenía cuando estaba mudo de preocupación (lo que le daba a ella una piedad dolorida, sí, aun dentro de su despierta perfección, la piedad y el amor), ella sobrehumana y tranquila en su brillante aislamiento, y él, cuando tímido venía a visitarla llevando manzanas y uvas que la enfermera con un encogerse de hombros comía, él haciendo visitas ceremoniosas, como un novio, con un aire infeliz y una sonrisa fija, esforzándose en su heroísmo por comprender, él que la recibiera de un padre y de un sacerdote, y que no sabía qué hacer con esa muchacha del barrio de Tijuca, que inesperadamente, como un barco tranquilo que se adorna en las aguas, se había tornado sobrehumana.

Ahora, ya nada de eso. Nunca más. Oh, apenas si había sido una debilidad; el genio era la peor tentación. Pero después ella se había recuperado tan completamente que ya hasta comenzaba otra vez a cuidarse para no incomodar a los otros con su viejo gusto por el detalle. Ella recordaba bien a las compañeras del Sacré Coeur diciéndole: «¡Ya contaste eso mil veces!»; recordaba eso con una sonrisa tímida. Se había recuperado tan completamente: ahora todos los días ella se cansaba, todos los días su rostro decaía al atardecer, y entonces la noche tenía su vieja finalidad, no solo era la perfecta noche

estrellada. Y como a todo el mundo, cada día la fatigaba; como todo el mundo, humana y perecedera. No más aquella perfección. No más aquella cosa que un día se desparramara clara, como un cáncer, en su alma.

Abrió los ojos pesados de sueño, sintiendo el buen vaso, sólido, en las manos, pero los cerró de nuevo con una confortada sonrisa de cansancio, bañándose como un nuevo rico, en todas sus partículas, en esa agua familiar y ligeramente nauseabunda. Sí, ligeramente nauseabunda; qué importancia tenía, si ella también era un poco fastidiosa, bien lo sabía. Pero al marido no le parecía, entonces qué importancia tenía, si gracias a Dios ella no vivía en un ambiente que exigiera que fuese ingeniosa e interesante, y hasta de la escuela secundaria, que tan embarazosamente exigiera que fuese despierta, se había librado. Qué importancia tenía. En el cansancio —había planchado las camisas de Armando sin contar que también había ido al mercado por la mañana demorándose tanto allí, por ese gusto que tenía de hacer que las cosas rindieran—, en el cansancio había un lugar bueno para ella, un lugar discreto y apagado del que, con bastante embarazo para sí misma y para los otros, una vez saliera. Pero, como iba diciendo, gracias a Dios se había recuperado.

Y si buscara con mayor fe y amor encontraría dentro del cansancio un lugar todavía mejor, que sería el sueño. Suspiró con placer, tentada por un momento de maliciosa travesura a ir al encuentro del aire tibio que era su respiración ya somnolienta, por un instante tentada a dormir. «¡Un instante solo, solo un momentito!», se pidió, lisonjeada por haber tenido tanto sueño, y lo pedía llena de maña como si pidiera un hombre, lo que siempre le gustaba mucho a Armando.

Pero realmente no tenía tiempo para dormir ahora, ni siquiera para echarse un sueñito, pensó vanidosa y con falsa modestia; ¡ella era una persona tan ocupada!, siempre había envidiado a las personas que decían «No tuve tiempo»; y ahora ella era nuevamente una persona tan ocupada; iría a comer con Carlota y todo tenía que estar ordenadamente listo, era la primera comida fuera desde que regresara y ella no quería llegar tarde, tenía que estar lista cuando... bien, ya dije eso mil veces, pensó avergonzada. Bastaría decir una sola vez: «No quería llegar tarde»; eso era motivo suficiente: si nunca había soportado sin enorme humillación ser un trastorno para alguien, ahora más que nunca no debería... No, no habrá la menor duda: no tenía tiempo para dormir. Lo que debía hacer moviéndose con familiaridad en aquella íntima riqueza de la rutina —y le mortificaba que Carlota despreciara su gusto por la rutina—, lo que debía hacer era: 1) esperar que la sirvienta estuviera lista; 2) darle dinero para que trajera la carne para mañana; cómo explicar que hasta la dificultad para encontrar buena carne era una cosa buena; 3) comenzar minuciosamente a lavarse y a vestirse, entregándose sin reserva al placer de hacer que el tiempo rindiera. El vestido marrón combinaba con sus ojos y el cuellito de encaje color crema le daba un cierto aire infantil, como de niño antiguo. Y, de regreso a la paz nocturna de Tijuca —no más aquella luz ciega de las enfermeras peinadas y alegres saliendo de fiesta, después de haberla arrojado como a una gallina indefensa en el abismo de la insulina—, de regreso a la paz nocturna de Tijuca, de regreso a su verdadera vida: ella iría tomada del brazo de Armando, caminando lentamente hacia la parada del autobús, con aquellos muslos duros y gruesos que la faja empaquetaba en uno solo transformándola en una «señora distinguida», pero cuando, confundida, ella le decía a Armando que eso provenía de una insuficiencia ovárica, él, que se sentía lisonjeado por los muslos de su mujer, respondía con mucha audacia: «¿Para qué habría querido casarme con una bailarina?», eso era lo que él respondía. Nadie lo diría, pero Armando a veces podía ser muy malicioso, aunque nadie lo diría. De vez en cuando los dos decían lo mismo. Ella explicaba que era a causa de la insuficiencia ovárica. Entonces él decía: «¿Para qué me habría servido estar casado con un bailarina?». A veces él era muy atrevido aunque nadie lo diría. Carlota se habría espantado de haber sabido que ellos también tenían una vida íntima y cosas que no se contaban, pero ella no las diría aunque era una pena no poder contarlas, seguramente Carlota pensaba que ella era solo una mujer ordenada y común y un poco aburrida, y si ella a veces estaba obligada a cuidarse para no molestar a los otros con detalles, a veces

con Armando se descuidaba y era un poco aburrida, cosa que no tenía importancia porque él fingía que escuchaba aunque no oía todo lo que ella contaba, y eso no la amargaba, comprendía perfectamente bien que sus conversaciones cansaban un poco a la gente, pero era bueno poder contarle que no había encontrado carne buena aunque Armando moviera la cabeza y no escuchase, la sirvienta y ella conversaban mucho, en verdad más ella que la sirvienta que a veces contenía su impaciencia y se ponía un poco atrevida. La culpa era suya que no siempre se hacía respetar.

Pero, como ella iba diciendo, tomados del brazo, bajita y castaña ella y alto y delgado él, gracias a Dios tenía salud. Ella castaña, como oscuramente pensaba que debía ser una esposa. Tener cabellos negros o rubios era un exceso que, en su deseo de acertar, ella nunca había ambicionado. Y en materia de ojos verdes, bueno, le parecía que si tuviera ojos verdes sería como no contarle todo a su marido. No es que Carlota diera propiamente de qué hablar, pero ella, Laura —que si tuviera oportunidad la defendería ardientemente, pero nunca había tenido ocasión—, ella, Laura, estaba obligada contra su gusto a estar de acuerdo en que la amiga tenía una manera extraña y cómica de tratar al marido; oh, no por ser «de igual a igual», pues ahora eso se usaba, pero usted ya sabe lo que quiero decir. Carlos era un poco original, eso ya lo había comentado una vez con Armando y Armando había estado de acuerdo pero sin darle demasiada importancia. Pero, como ella iba diciendo, de marrón con el cuellito..., el devaneo la llenaba con el mismo gusto que le daba al arreglar cajones, hasta llegaba a desarreglarlos para poder acomodarlos de nuevo.

Abrió los ojos y, como si fuera la sala la que hubiera dormitado y no ella, la sala aparecía renovada y reposada con sus sillones cepillados y las cortinas que habían encogido en el último lavado, como pantalones demasiado cortos y la persona mirara cómicamente sus propias piernas. ¡Oh!, qué bueno era ver todo arreglado y sin polvo, todo limpio por sus propias manos diestras, y tan silencioso, con un jarrón de flores, como una sala de espera, tan respetuosa, tan impersonal. Qué linda era la vida común para ella, que finalmente había regresado de la extravagancia. Hasta un florero. Lo miró.

—¡Ah!, qué lindas son —exclamó su corazón, de pronto un poco infantil. Eran menudas rosas silvestres que había comprado por la mañana en el mercado, en parte porque el hombre había insistido mucho, en parte por osadía. Las había arreglado en el florero esa misma mañana, mientras tomaba el sagrado vaso de leche de las diez.

Pero, a la luz de la sala, las rosas estaban en toda su completa y tranquila belleza.

Nunca vi rosas tan bonitas, pensó con curiosidad. Y como si no acabara de pensar justamente eso, vagamente consciente de que acababa de pensar justamente eso y pasando rápidamente por encima de la confusión de reconocerse un poco fastidiosa, pensó en una etapa más nueva de la sorpresa: «Sinceramente, nunca vi rosas tan bonitas». Las miró con atención. Pero la atención no podía mantenerse mucho tiempo como simple atención, enseguida se transformaba en suave placer, y ella no conseguía ya analizar las rosas, estaba obligada a interrumpirse con la misma exclamación de curiosidad sumisa: ¡Qué lindas son!

Eran varias rosas perfectas, algunas en el mismo tallo. En cierto momento habían trepado con ligera avidez unas sobre otras, pero después, hecho el juego, tranquilas se habían inmovilizado. Eran algunas rosas perfectas en su pequeñez, no del todo abiertas, y el tono rosado era casi blanco. ¡Hasta parecían artificiales!, dijo sorprendida. Podrían dar la impresión de blancas si estuvieran completamente abiertas, pero con los pétalos centrales envueltos en botón, el color se concentraba y, como el lóbulo de una oreja, se sentía el rubor circular dentro de ellas. ¡Qué lindas son!, pensó Laura sorprendida.

Pero sin saber por qué estaba un poco tímida, un poco perturbada. ¡Oh!, no demasiado, pero sucedía que la belleza extrema la molestaba.

Oyó los pasos de la criada sobre el mosaico de la cocina y por el sonido hueco reconoció que llevaba tacones altos; por lo tanto, debía de estar a punto de salir. Entonces Laura tuvo una idea en cierta manera original: ¿por qué no pedirle a María que pasara por la casa de Carlota y le dejase las rosas de regalo?

Porque aquella extrema belleza la molestaba. ¿La molestaba? Era un riesgo. ¡Oh!, no, ¿por qué un riesgo?, apenas molestaban, era una advertencia, ¡oh!, no, ¿por qué advertencia? María le daría las rosas a Carlota:

—Las manda la señora Laura —diría María.

Sonrió pensativa. Carlota se extrañaría de que Laura, pudiendo traer personalmente las rosas, ya que deseaba regalárselas, las mandara antes de la cena con la sirvienta. Sin hablar de que encontraría gracioso recibir las rosas, le parecería «refinado»...

—¡Esas cosas no son necesarias entre nosotras, Laura! —diría la otra con aquella franqueza un poco brutal, y Laura diría con un sofocado gritito de arrebatamiento:

—¡Oh no, no!, ¡no es por la invitación a cenar!, ¡es que las rosas eran tan lindas que sentí el impulso de ofrecértelas!

Sí, si en ese momento tuviera valor, sería eso lo que diría. ¿Cómo diría?, necesitaba no olvidarse: diría:

—¡Oh, no!, etcétera. —Carlota se sorprendería con la delicadeza de sentimientos de Laura, nadie imaginaría que Laura tuviera también esas ideas. En esa escena imaginaria y apacible que la hacía sonreír beatíficamente, ella se llamaba a sí misma «Laura», como si se tratara de una tercera persona. Una tercera persona llena de aquella fe suya y crepitante y grata y tranquila, Laura, la del cuellito de encaje auténtico, vestida discretamente, esposa de Armando, en fin, un Armando que ya no necesitaba esforzarse en prestar atención a todas sus conversaciones sobre la sirvienta y la carne, que ya no necesitaba pensar en su mujer, como un hombre que es feliz, como un hombre que no está casado con una bailarina.

—No pude dejar de mandarte las rosas —diría Laura, esa tercera persona tan, pero tan... Y regalar las rosas era casi tan lindo como las propias rosas.

Y ella quedaría libre de las flores.

Y, entonces, ¿qué es lo que sucedería? Ah, sí: como iba diciendo, Carlota quedaría sorprendida con aquella Laura que no era inteligente ni buena pero también tenía sus sentimientos secretos. ¿Y Armando? Armando la miraría un poco asustado —¡pues es esencial no olvidar que de ninguna manera él está enterado de que la sirvienta llevó por la tarde las rosas!—, Armando encararía con benevolencia los impulsos de su pequeña mujer, y de noche ellos dormirían juntos.

Y ella habría olvidado las rosas y su belleza.

No, pensó de repente, vagamente advertida. Era necesario tener cuidado con la mirada asustada de los otros. Era necesario no dar nunca más motivo de miedo, sobre todo con eso tan reciente. Y, en particular, ahorrarles cualquier sufrimiento de duda. Y que nunca más tuviera necesidad de la atención de los otros, nunca más esa cosa horrible de que todos la miraran mudos, y ella frente a todos. Nada de impulsos.

Pero al mismo tiempo vio el vaso vacío en la mano y también pensó: «él» dijo que yo no me esfuerce por conseguirlo, que no piense en tomar actitudes solamente para probar que ya estoy...

—María —dijo entonces al escuchar de nuevo los pasos de la empleada. Y cuando esta se acercó, le dijo temeraria y desafiante—: ¿Podrías pasar por la casa de la señora Carlota y dejarle estas rosas? Diga así: «Señora Carlota, la señora Laura se las manda». Solamente eso: «Señora Carlota...».

—Sí, sí... —dijo la sirvienta, paciente. Laura fue a buscar una vieja hoja de papel de China. Después sacó con cuidado las rosas del florero, tan lindas y tranquilas, con las delicadas y mortales espinas. Quería hacer un ramo muy artístico. Y al mismo tiempo se libraría de ellas. Y podría vestirse y continuar su día. Cuando reunió las rositas húmedas en un ramo, alejó la mano que las sostenía, las miró a distancia torciendo la cabeza y entrecerrando los ojos para un juicio imparcial y severo.

Y, cuando las miró, vio las rosas.

Y entonces, irreprímible, suave, ella insinuó para sí: no laves las flores, son muy lindas.

Un segundo después, muy suave todavía, el pensamiento fue levemente más intenso, casi tentador: no las regales, son tuyas. Laura se asustó un poco: porque las cosas nunca eran tuyas.

Pero esas rosas lo eran. Rosadas, pequeñas, perfectas: lo eran. Las miró con incredulidad: eran lindas y eran tuyas. Si consiguiera pensar algo más, pensaría: tuyas como hasta entonces nada lo había sido.

Y podía quedarse con ellas, pues ya había pasado aquella primera molestia que hiciera que vagamente ella hubiese evitado mirar demasiado las rosas.

¿Por qué regalarlas, entonces?, ¿lindas y darlas? Entonces, cuando descubres una cosa bella, ¿entonces vas y la regalas? Si eran tuyas, se insinuaba ella persuasiva sin encontrar otro argumento además del simple y repetido, que le parecía cada vez más convincente y simple. No iban a durar mucho, ¿por qué darlas entonces mientras estaban vivas? ¿Dar el placer de tenerlas mientras estaban vivas? El placer de tenerlas no significa gran riesgo —se engañó— pues, lo quisiera o no, en breve sería forzada a privarse de ellas, y entonces nunca más pensaría en ellas, pues ellas habrían muerto; no iban a durar mucho, entonces, ¿por qué regalarlas? El hecho de que no duraran mucho le parecía quitarle la culpa de quedarse con ellas, en una oscura lógica de mujer que peca. Pues se veía que iban a durar poco (iba a ser rápido, sin peligro). Y aunque —argumentó en un último y victorioso rechazo de culpa— no fuera de modo alguno ella quien había querido comprarlas, el vendedor había insistido mucho y ella se tornaba siempre muy tímida cuando la forzaban a algo, no había sido ella quien quiso comprar, ella no tenía culpa ninguna. Las miró encantada, pensativa, profunda.

Y, sinceramente, nunca vi en mi vida cosa más perfecta.

Bien, pero ella ahora había hablado con María y no tendría sentido volver atrás. ¿Era entonces demasiado tarde?, se asustó viendo las rosas que aguardaban impasibles en su mano. Si quisiera, no sería demasiado tarde... Podría decirle a María: «¡María, resolví que yo misma llevaré las rosas cuando vaya a cenar!». Y, claro, no las llevaría... María no tendría por qué saberlo. Antes de cambiarse de ropa ella se sentaría en el sofá por un momento, solo por un momento, para mirarlas. Mirar aquel tranquilo desprendimiento de las rosas. Sí, porque ya estaba hecha la cosa, valía más aprovechar, no sería tan tonta de quedarse con la fama y sin el provecho. Eso mismo es lo que haría.

Pero con las rosas desenvueltas en la mano ella esperaba. No las ponía en el florero, no llamaba a María. Ella sabía por qué. Porque debía darlas. Oh, ella sabía por qué.

Y también que una cosa hermosa era para ser dada o recibida, no solo para tenerla. Y, sobre todo, nunca para «ser». Sobre todo nunca se tenía que ser una cosa hermosa. Porque a una cosa hermosa le faltaba el gesto de dar. Nunca se debía quedar con una cosa hermosa, así como guardada dentro del silencio perfecto del corazón. (Aunque si ella no regalaba las rosas, ¿alguien lo descubriría alguna vez?, era horriblemente fácil y al alcance de la mano quedarse con ellas, ¿pues quién iría a descubrirlo? Y serían tuyas, y por eso mismo las cosas quedarían así y no se hablaría más de eso...).

¿Entonces?, ¿y entonces?, se preguntó algo inquieta. Entonces, no. Lo que debía hacer era envolverlas y mandarlas, ahora sin ningún placer; envolverlas y, decepcionada, enviarlas; y asustada, quedar libre de ellas. Porque una persona debía tener coherencia, los pensamientos debían tener congruencia: si espontáneamente resolviera cederlas a Carlota, debería mantener la resolución y regalárselas. Porque nadie cambiaba de idea de un momento a otro.

Pero ¡cualquier persona se puede arrepentir!, se rebeló de pronto. Porque solo en el momento en que tomó las rosas notó qué lindas eran. ¿O un poco antes? (Y estas eran tuyas). El propio médico le había dado una palmada en la espalda diciéndole: «No se esfuerce por fingir, usted sabe que *está* bien», y después de eso la palmada fuerte en la espalda. Así, pues, ella no estaba obligada a tener coherencia, no tenía que probar nada a nadie y se quedaría con las rosas. (Eso mismo, eso mismo ya que estas eran tuyas).

—¿Están listas?

—Sí, ya están —dijo Laura sorprendida.

Las miró mudas en su mano. Impersonales en su extrema belleza. En su extrema tranquilidad perfecta de rosas. Aquella última instancia: la flor. Aquella última perfección: la luminosa tranquilidad.

Como viciosa, ella miraba ligeramente ávida la perfección tentadora de las rosas, con la boca un poco seca las miraba.

Hasta que, lentamente austera, envolvió los tallos y las espinas en el papel de China. Tan absorta había estado que solo al extender el ramo preparado notó que ya María no estaba en la sala y se quedó sola con su heroico sacrificio. Vagamente, dolorosamente, las miró, así distantes como estaban en la punta del brazo extendido, y la boca quedó aún más apretada, aquella envidia, aquel deseo, pero ellas son mías, exclamó con gran timidez.

Cuando María regresó y cogió el ramo, por un pequeño instante de avaricia Laura encogió la mano reteniendo las rosas un segundo más... ¡ellas son tan lindas y son mías, es la primera cosa linda que es mía!, ¡y fue el hombre quien insistió, no fui yo quien las busqué!, ¡fue el destino quien lo quiso!, ¡oh, solo esta vez!, ¡solo esta vez y juro que nunca más! (Ella podría, por lo menos, sacar para sí una rosa, nada más que eso: una rosa para sí. Solamente ella lo sabría, y después nunca más, ¡oh, ella se comprometía a no dejarse tentar más por la perfección, nunca más!).

Y en el minuto siguiente, sin ninguna transición, sin ningún obstáculo, las rosas estaban en manos de la sirvienta, ¡no en las tuyas, como una carta que ya se ha echado en el correo!, ¡no se puede recuperar más ni arriesgar las palabras!, no sirve de nada gritar: ¡no fue eso lo que quise decir! Quedó con las manos vacías pero su corazón obstinado y rencoroso aún decía: «¡Todavía puedes alcanzar a María en las escaleras, bien sabes que puedes arrebatárselas las rosas de las manos y robarlas!». Porque quitárselas ahora sería robarlas. ¿Robar lo que era suyo? Eso mismo es lo que haría cualquier persona que no tuviera lástima de las otras: ¡robaría lo que era de ella por derecho propio! ¡Oh, ten piedad, Dios mío! Puedes recuperarlas, insistía con rabia. Y entonces la puerta de la calle golpeó.

En ese momento la puerta de la calle golpeó.

Entonces lentamente ella se sentó con tranquilidad en el sofá. Sin apoyar la espalda. Solo para descansar. No, no estaba enojada, oh, ni siquiera un poco. Pero el punto ofendido en el fondo de los ojos se había agrandado y estaba pensativo. Miró el florero. «Dónde están mis rosas», se dijo entonces muy sosegada.

Y las rosas le hacían falta. Habían dejado un lugar claro dentro de ella. Si se retira de una mesa limpia un objeto, por la marca más limpia que este deja, se ve que alrededor había polvo. Las rosas habían dejado un lugar sin polvo y sin sueño dentro de ella. En su corazón, aquella rosa que por lo menos habría podido quedarse sin perjudicar a nadie en el mundo, faltaba. Como una ausencia muy grande. En verdad, como una falta. Una ausencia que entraba en ella como una claridad. Y, también alrededor de la huella de las rosas, el polvo iba desapareciendo. El centro de la fatiga se abría en un círculo que se ensanchaba. Como si ella no hubiera planchado ninguna camisa de Armando. Y en la claridad de las rosas, estas hacían falta. «Dónde están mis rosas», se quejó sin dolor, alisando los pliegues de la falda.

Como cuando se exprime un limón en el té oscuro y este se va aclarando, su cansancio iba aclarándose gradualmente. Sin cansancio alguno, por otra parte. Así como se encienden las luciérnagas. Ya que no estaba cansada, iba a levantarse y vestirse. Era la hora de comenzar.

Pero, con los labios secos, por un instante trató de imitar por dentro a las rosas. Ni siquiera era difícil.

Por suerte no estaba cansada. Así podría ir más fresca a la cena. ¿Por qué no poner sobre el cuellito de encaje auténtico el camafeo? Ese que el mayor trajera de la guerra en Italia. Embellecería más el escote. Cuando estuviera lista escucharía el ruido de la llave de Armando en la puerta. Debía vestirse. Pero todavía era temprano. Él se retrasaba por las dificultades del transporte. Todavía era de tarde. Una tarde muy linda.

Ya no era más de tarde.

Era de noche. Desde la calle subían los primeros ruidos de la oscuridad y las primeras luces.

En ese momento la llave entró con facilidad en el agujero de la cerradura.

Armando abriría la puerta. Apretaría el botón de la luz. Y de pronto en el marco de la puerta se recortaría aquel rostro expectante que él trataba de disfrazar pero que no podía contener. Después su respiración ansiosa se transformaría en una sonrisa de gran alivio. Aquella sonrisa embarazada de alivio que él jamás sospechaba que ella advertía. Aquella libido que probablemente, con una palmada en la espalda, le habían aconsejado a su pobre marido que ocultara. Pero que para el corazón tan lleno de culpa de la mujer había sido cada día la recompensa por haber dado de nuevo a aquel hombre la alegría posible y la paz, consagrada por la mano de un sacerdote austero que apenas permitía a los seres la alegría humilde, y no la imitación de Cristo.

La llave giró en la cerradura, la figura oscura y precipitada entró, la luz inundó con violencia la sala.

Y en la misma puerta se destacó él con aquel aire ansioso y de súbito paralizado, como si hubiera corrido leguas para no llegar demasiado tarde. Ella iba a sonreír. Para que él borrara la ansiosa expectativa del rostro, que siempre venía mezclada con la infantil victoria de haber llegado a tiempo para encontrarla aburrida, buena y diligente, a ella, su mujer. Ella iba a sonreír para que de nuevo él supiera que nunca más correría el peligro de llegar tarde. Había sido inútil recomendarles que nunca hablaran de aquello: ellos no hablaban pero habían logrado un lenguaje del rostro donde el miedo y la desconfianza se comunicaban, y pregunta y respuesta se telegrafiaban, mudas. Ella iba a sonreír. Se estaba demorando un poco, sin embargo, iba a sonreír.

Calma y suave, dijo:

—Volvió, Armando. Volvió.

Como si nunca fuera a entender, él mostró un rostro sonriente, desconfiado, torcido. Su principal trabajo era retener el aliento ansioso por su carrera en las escaleras, ya que ella estaba allí, sonriéndole. Como si nunca fuera a entender.

—¿Volvió qué? —dijo finalmente en tono expresivo.

Pero, mientras trataba de no entender jamás, el rostro cada vez más vacilante del hombre ya había entendido sin que se le hubiera alterado un rasgo. Su trabajo principal era ganar tiempo y concentrarse en retener la respiración. Lo que, de pronto, ya no era difícil. Pues inesperadamente él percibía con horror que la sala y la mujer estaban tranquilas y sin prisa. Pero desconfiando todavía, como quien fuese a terminar por dar una carcajada al comprobar el absurdo, él se obstinaba, sin embargo, en mantener el rostro torcido, mirándola en guardia, casi enemigo. De donde comenzaba a no poder impedir verla sentada con las manos cruzadas en el regazo, con la serenidad de la luciérnaga que tiene luz.

En la mirada castaña e inocente el embarazo vanidoso de no haber podido resistir.

—¿Volvió qué? —dijo él de repente, con dureza.

—No pude impedirlo —dijo ella, y en su voz había la última piedad por el hombre, la última petición de perdón que ya venía mezclada a la altivez de una soledad casi perfecta—. No pude impedirlo —repitió entregándole con alivio la piedad que ella consiguiera con esfuerzo guardar hasta que él llegara—. Fue por las rosas —dijo con modestia.

Como si fuese para retratar aquel instante, él mantuvo aún el mismo rostro ausente, como si el fotógrafo le pidiera solamente un rostro y no un alma. Abrió la boca e involuntariamente por un instante la cara tomó la expresión de cómico desprendimiento que él había usado para esconder la vergüenza cuando le pidiera un aumento al jefe. Al instante siguiente, desvió los ojos con vergüenza por la falta de pudor de su mujer que, suelta y serena, allí estaba.

Pero de pronto la tensión cayó. Sus hombros se bajaron, los rasgos del rostro cedieron y una gran

pesadez lo relajó. Él la observó, envejecido, curioso.

Ella estaba sentada con su vestido de casa. Él sabía que ella había hecho lo posible para no tornarse luminosa e inalcanzable. Con timidez y respeto, él la miraba. Envejecido, cansado, curioso. Pero no tenía nada que decir. Desde la puerta abierta veía a su mujer que estaba sentada en el sofá, sin apoyar las espaldas, nuevamente alerta y tranquila como en un tren. Que ya partiera.

El reparto de los panes

(Clarice Lispector, 1964)

Era sábado y estábamos invitados para el almuerzo de compromiso. Pero a cada uno de nosotros le gustaba demasiado el sábado como para gastarlo con quien no queríamos. Cada uno había sido alguna vez feliz y había quedado con la marca del deseo. Yo, yo quería todo. Y nosotros allí aprisionados, como si nuestro tren se hubiera descarrilado y estuviésemos obligados a pasar la noche entre desconocidos. Nadie allí me quería, yo no quería a nadie. En cuanto a mi sábado —que fuera de la ventana se agitaba en acacias y sombras—, prefería, a gastarlo mal, encerrarlo en la mano dura, donde lo estrujaba como a un pañuelo. A la espera del almuerzo, bebíamos sin placer, a la salud del resentimiento: mañana ya sería domingo. No es contigo con quien quiero, decía nuestra mirada sin humedad, y soplábamos despacio el humo del cigarrillo seco. La avaricia de no repartir el sábado iba poco a poco royendo y avanzando como herrumbre, hasta que cualquier alegría sería un insulto a la alegría más grande.

Solamente la dueña de la casa no parecía economizar el sábado para usarlo un jueves por la noche. Ella, sin embargo, cuyo corazón ya había conocido otros sábados, ¿cómo había podido olvidar que se quiere más y más? No se impacientaba siquiera con el grupo heterogéneo, soñador y resignado que en su casa solo esperaba, como a la hora del primer tren que partía, cualquier tren —menos quedarse en aquella estación vacía, menos tener que refrenar el caballo que correría con el corazón latiendo para otros, otros caballos—.

Pasamos finalmente a la sala para un almuerzo que no tenía la bendición del hambre. Y fue cuando, sorprendidos, nos encontramos con la mesa. No podía ser para nosotros...

Era una mesa para hombres de buena voluntad. ¿Quién sería el invitado realmente esperado y que no había venido? Pero éramos nosotros mismos. Entonces, ¿aquella mujer daba lo mejor no importaba a quién? Y lavaba contenta los pies del primer extranjero. Constreñidos, mirábamos.

La mesa había sido cubierta por una solemne abundancia. Sobre el mantel blanco se amontonaban espigas de trigo. Y manzanas rojas, enormes zanahorias amarillas, redondos tomates de piel estallante, chayotes de un verde líquido, piñas malignas en su salvajismo, naranjas anaranjadas y calmas, machichas* erizadas como puercoespines, pepinos que se cerraban duros sobre su propia carne acuosa, pimentones huecos y rojizos que ardían en los ojos, todo enmarañado en barbas y barbas húmedas de maíz, pelirrojas como junto a una boca. Y los granos de uva. Las más moradas de las uvas negras y que apenas podían esperar el instante de ser aplastadas. Y no les importaba por quién ser aplastadas. Los tomates eran redondos para nadie: para el aire, para el redondo aire. El sábado era de quien viniera. Y la naranja endulzaría la lengua de quien llegase primero. Junto al plato de cada malinvitado, la mujer que lavaba pies de desconocidos había puesto —incluso sin elegirnos, incluso sin amarnos— un ramo de trigo o un manojo de rábanos ardientes o una tajada roja de sandía con sus alegres semillas. Todo cortado por la acidez española que se adivinaba en los limones verdes. En los cántaros estaba la leche, como si hubiese atravesado con las cabras el desierto de los peñascos. El vino, casi negro de tan macerado, se estremecía en vasijas de barro. Todo delante de nosotros. Todo limpio del retorcido deseo humano. Todo como es, no como quisiéramos. Solo existiendo, y todo. Así como existe un campo. Así como las montañas. Así como hombres y mujeres, y no nosotros, los ávidos. Así como un sábado. Así como tan solo existe. Existe.

En nombre de nada, era hora de comer. En nombre de nadie, estaba bien. Sin ningún sueño. Y nosotros poco a poco, a la par del día, poco a poco anonimizados, creciendo, más grandes, a la altura de la vida posible. Entonces, como hidalgos campesinos, aceptamos la mesa.

No había holocausto: todo aquello quería tanto ser comido como nosotros queríamos comerlo. No guardando nada para el día siguiente, allí mismo ofrecí lo que sentía a aquello que me hacía sentir. Era un vivir que no había pagado de antemano con el sufrimiento de la espera, hambre que nace cuando la boca

ya está cerca de la comida. Porque ahora teníamos hambre, hambre entera que abrigaba el todo y las migajas. Quien bebía vino, con los ojos se encargaba de la leche. Quien lento bebió la leche, sintió el vino que el otro bebía. Allá afuera Dios en las acacias. Que existían. Comíamos. Como quien da agua al caballo. La carne trinchada fue distribuida. La cordialidad era ruda y rural. Nadie habló mal de nadie porque nadie habló bien de nadie. Era una reunión de cosecha, y se hizo tregua. Comíamos. Como una horda de seres vivos, cubríamos gradualmente la tierra. Ocupados como quien labra la existencia, y planta, y recoge, y mata, y vive, y muere, y come. Comí con la honestidad de quien no engaña a lo que come: comí aquella comida y no su nombre. Nunca Dios fue tan tomado por lo que Él es. La comida decía ruda, feliz, austera: come, come y reparte. Todo aquello me pertenecía, aquella era la mesa de mi padre. Comí sin ternura, comí sin la pasión de la piedad. Y sin ofrecerme a la esperanza. Comí sin nostalgia alguna. Y yo bien valía aquella comida. Porque no siempre puedo ser el guardián de mi hermano, y ya no puedo ser mi guardián, ah, ya no me quiero. Y no quiero formar la vida, porque la existencia ya existe. Existe como un suelo donde todos nosotros avanzamos. Sin una palabra de amor. Sin una palabra. Pero tu placer entiende al mío. Somos fuertes y comemos. Pan y amor entre desconocidos.

Felicidad clandestina

(Clarice Lispector, 1971)

Ella era gorda, baja, pecosa y de pelo excesivamente crespo, medio pelirrojo. Tenía un busto enorme, mientras que todas nosotras todavía éramos planas. Como si no fuese suficiente, por encima del pecho se llenaba de caramelos los dos bolsillos de la blusa. Pero poseía lo que a cualquier niña devoradora de historias le habría gustado tener: un papá dueño de una librería.

No lo aprovechaba mucho. Y nosotras todavía menos: incluso para los cumpleaños, en vez de un librito barato por lo menos, nos entregaba una postal de la tienda del papá. Para colmo, siempre era algún paisaje de Recife, la ciudad donde vivíamos, con sus puentes más que vistos. Detrás escribía con letra elaboradísima palabras como «fecha natalicia» y «recuerdos».

Pero qué talento tenía para la crueldad. Mientras haciendo barullo chupaba caramelos, toda ella era pura venganza. Cómo nos debía de odiar esa niña a nosotras, que éramos imperdonablemente monas, delgadas, altas, de cabello libre. Conmigo ejercitó su sadismo con una serena ferocidad. En mi ansiedad por leer, yo no me daba cuenta de las humillaciones que me imponía: seguía pidiéndole prestados los libros que a ella no le interesaban.

Hasta que le llegó el día magno de empezar a infligirme una tortura china. Como por casualidad, me informó de que tenía *El reinado de Naricita*, de Monteiro Lobato.

Era un libro grueso, válgame Dios, era un libro para quedarse a vivir con él, para comer, para dormir con él. Y totalmente por encima de mis posibilidades. Me dijo que si al día siguiente pasaba por su casa me lo prestaría.

Hasta el día siguiente, de la alegría, yo estuve transformada en la misma esperanza: no vivía, nadaba lentamente en un mar suave, las olas me transportaban de un lado a otro.

Literalmente corriendo, al día siguiente fui a su casa. No vivía en un apartamento, como yo, sino en una casa. No me hizo pasar. Con la mirada fija en la mía, me dijo que le había prestado el libro a otra niña y que volviera a buscarlo al día siguiente. Boquiabierta, yo me fui despacio, pero al poco rato la esperanza había vuelto a apoderarse de mí por completo y ya caminaba por la calle a saltos, que era mi manera extraña de caminar por las calles de Recife. Esa vez no me caí: me guiaba la promesa del libro, llegaría el día siguiente, los siguientes serían después mi vida entera, me esperaba el amor por el mundo, anduve brincando por las calles y no me caí una sola vez.

Pero las cosas no fueron tan sencillas. El plan secreto de la hija del dueño de la librería era sereno y diabólico. Al día siguiente allí estaba yo en la puerta de su casa, con una sonrisa y el corazón palpitante. Todo para oír la tranquila respuesta: que el libro no se hallaba aún en su poder, que volviese al día siguiente. Apenas me imaginaba yo que más tarde, en el transcurso de la vida, el drama del «día siguiente» iba a repetirse para mi corazón palpitante otras veces como aquella.

Y así seguimos. ¿Cuánto tiempo? No lo sé. Ella sabía que, mientras la hiel no se escurriese por completo de su cuerpo gordo, sería un tiempo indefinido. Yo había empezado a adivinar, es algo que adivino a veces, que me había elegido para que sufriera. Pero incluso sospechándolo, a veces lo acepto, como si el que me quiere hacer sufrir necesitara desesperadamente que yo sufra.

¿Cuánto tiempo? Yo iba a su casa todos los días, sin faltar ni uno. A veces ella decía: Pues el libro estuvo conmigo ayer por la tarde, pero como tú no has venido hasta esta mañana se lo presté a otra niña. Y yo, que no era propensa a las ojeras, sentía cómo las ojeras se ahondaban bajo mis ojos sorprendidos.

Hasta que un día, cuando yo estaba en la puerta de la casa de ella oyendo silenciosa, humildemente, su negativa, apareció la mamá. Debía de extrañarle la presencia muda y cotidiana de esa niña en la puerta de su casa. Nos pidió explicaciones a las dos. Hubo una confusión silenciosa, entrecortada de palabras poco aclaratorias. A la señora le resultaba cada vez más extraño el hecho de no entender. Hasta que, esa

mamá buena, entendió al fin. Se volvió hacia la hija y con enorme sorpresa exclamó: ¡Pero si ese libro no ha salido nunca de casa y tú ni siquiera quisiste leerlo!

Y lo peor para esa mujer no era el descubrimiento de lo que pasaba. Debía de ser el horrorizado descubrimiento de la hija que tenía. Nos observaba en silencio: la potencia de perversidad de su hija desconocida, la niña rubia de pie ante la puerta, exhausta, al viento de las calles de Recife. Fue entonces cuando, recobrándose al fin, firme y serena le ordenó a su hija: Vas a prestar ahora mismo ese libro. Y a mí: «Y tú te quedas con el libro todo el tiempo que quieras». ¿Entendido? Eso era más valioso que si me hubiesen regalado el libro: «el tiempo que quieras» es todo lo que una persona, grande o pequeña, puede tener la osadía de querer.

¿Cómo contar lo que siguió? Yo estaba atontada y fue así como recibí el libro en la mano. Creo que no dije nada. Tomé el libro. No, no partí brincando como siempre. Me fui caminando muy despacio. Sé que sostenía el grueso libro con las dos manos, apretándolo contra el pecho. Poco importa también cuánto tardé en llegar a casa. Tenía el pecho caliente, el corazón pensativo.

Al llegar a casa no empecé a leer. Simulaba que no lo tenía, únicamente para sentir después el sobresalto de tenerlo. Horas más tarde lo abrí, leí unas líneas maravillosas, volví a cerrarlo, me fui a pasear por la casa, lo postergué más aún yendo a comer pan con mantequilla, fingí no saber dónde había guardado el libro, lo encontraba, lo abría por unos instantes. Creaba los obstáculos más falsos para esa cosa clandestina que era la felicidad. Para mí la felicidad siempre habría de ser clandestina. Era como si ya lo presintiera. ¡Cuánto me demoré! Vivía en el aire... Había en mí orgullo y pudor. Yo era una reina delicada.

A veces me sentaba en la hamaca para balancearme con el libro abierto en el regazo, sin tocarlo, en un éxtasis purísimo.

Ya no era una niña más con un libro: era una mujer con su amante.

Niño dibujado a pluma

(Clarice Lispector, 1971)

¿Cómo llegar alguna vez a conocer al niño? Para conocerlo tengo que esperar a que se deteriore; solo entonces estará a mi alcance. Helo allí, un punto en el infinito. Nadie conocerá su hoy. Ni siquiera él mismo. En cuanto a mí, miro, y es inútil: no consigo comprender algo que solo es actual, totalmente actual. Lo que conozco de él es su situación: el niño es aquel a quien acaban de nacerle los primeros dientes y es el mismo que será médico o carpintero. Mientras tanto, allí está él sentado en el suelo, con una realidad que he de llamar vegetativa para poder entenderla. Treinta mil de esos niños sentados en el suelo, ¿tendrían la oportunidad de construir otro mundo, que tuviese en cuenta la memoria de la actualidad absoluta a la cual ya pertenecemos? La unión haría la fuerza. Allí está sentado, empezando todo de nuevo pero para su propia defensa futura, sin ninguna oportunidad verdadera de empezar realmente.

No sé cómo dibujar al niño. Sé que es imposible dibujarlo a carbón, pues hasta la pluma mancha el papel más allá de la finísima línea de actualidad extrema en que él vive. Un día lo domesticaremos hasta hacerlo humano, y entonces podremos dibujarlo. Pues eso hemos hecho con nosotros mismos y con Dios. El propio niño contribuirá a su domesticación; se esfuerza y coopera. Cooperar sin saber que la ayuda que le pedimos está destinada a su autosacrificio. En los últimos tiempos incluso se ha entrenado mucho. Y así seguirá progresando hasta que, poco a poco —por la bondad necesaria mediante la que nos salvamos—, haya pasado del tiempo actual al tiempo cotidiano, de la meditación a la expresión, de la existencia a la vida. Realizando el gran sacrificio de no ser un loco. No soy loco por solidaridad con los miles de nosotros que, para construir lo posible, también han sacrificado esa verdad que sería una locura.

Pero, entre tanto, helo allí sentado en el suelo, inmerso en un vacío profundo.

Desde la cocina la madre se cerciora: ¿sigues allí quietecito? Convocado al trabajo, el niño se levanta con dificultad. Se tambalea sobre las piernas, con toda la atención vuelta hacia dentro: su equilibrio entero es interno. Conseguido esto, ahora toda la atención es hacia fuera: observa lo que el acto de levantarse ha provocado. Pues el incorporarse ha tenido consecuencias y más consecuencias: el suelo se mueve incierto, una silla lo supera, la pared lo delimita. En la pared está el retrato de *El Niño*. Es difícil mirar ese retrato alto sin apoyarse en un mueble, para eso todavía no se ha entrenado. Pero he aquí que su propia dificultad le sirve de apoyo: lo que lo mantiene de pie es justamente la atención que pone en el retrato alto, mirar hacia arriba le sirve de grúa. Pero comete un error: parpadea. Pestañear lo desliga por una fracción de segundo del retrato que lo estaba sustentando. Se deshace el equilibrio: en un único movimiento total, el niño cae sentado. De la boca entreabierta por el esfuerzo de vida escapa una baba clara que escurre y gotea hasta el suelo. Mira la gota muy de cerca, como si fuera una hormiga. El brazo se alza, avanza en arduo mecanismo de etapas. Y de golpe, como para sujetar lo inefable, con inesperada violencia aplasta la baba con la palma de la mano. Parpadea, espera. Finalmente, pasado el tiempo necesario de espera de las cosas, aparta cuidadosamente la mano y examina en el parqué el fruto del experimento. El suelo está vacío. En una nueva y brusca etapa se mira la mano: la gota de baba está pegada en la palma. Ahora también de esto sabe. Entonces, con los ojos bien abiertos, lame la baba que pertenece al niño. Piensa en voz alta: niño.

—¿A quién llamas? —pregunta la mamá desde la cocina.

Con esfuerzo y gentileza él mira la sala, busca a quien la mamá dice que está llamando, se voltea y cae hacia atrás. Mientras llora, ve la sala distorsionada y refractada por las lágrimas, el volumen blanco crece y se le acerca —¡mamá!—, lo absorbe con brazos fuertes, y he aquí que el niño está de pronto muy alto en el aire, muy en lo caliente y lo bueno. Ahora el techo está más cerca; la mesa, debajo. Y, como no puede más de cansancio, empieza a desviar las pupilas hasta que las va hundiendo bajo la línea del horizonte de los ojos. Los cierra sobre la última imagen, los barrotes de la cama. Se duerme agotado y

sereno.

El agua se ha secado en la boca. La mosca aletea en el cristal. El sueño del niño está surcado de claridad y calor, el sueño vibra en el aire. Hasta que, en repentina pesadilla, sobreviene una de las palabras que ha aprendido: se estremece violentamente, abre los ojos. Y para su terror no ve más que esto: el vacío caliente y claro del aire, sin mamá. Lo que piensa estalla en llanto por toda la casa. Mientras llora va reconociéndose, transformándose en aquel que la mamá reconocerá. Casi desfallece de tanto sollozar, tiene que transformarse urgentemente en algo que pueda ser visto y oído porque si no se quedará solo, tiene que volverse comprensible porque si no nadie lo comprenderá, si no nadie se acercará a su silencio, si no dice y cuenta nadie lo reconoce, haré todo lo necesario para ser de los demás y que los otros sean míos, brincaré por encima de mi felicidad real, que solo me traería abandono, y seré popular, hago trampa para que me amen, es totalmente mágico esto de llorar para recibir a cambio: mamá.

Hasta que el ruido familiar entra por la puerta y el niño, mudo de interés por lo que es capaz de provocar el poder de un niño, para de llorar: mamá. Es mamá, no se ha muerto. Y su seguridad consiste en saber que tiene un mundo para traicionar y vender, y que lo venderá.

Es mamá, sí, mamá, con un pañal en la mano. No bien ve el pañal, él se echa a llorar de nuevo.

—¡Pero si estás todo mojado!

La noticia lo sorprende, se renueva la curiosidad, pero ahora es una curiosidad cómoda y garantizada. Mira con ceguera la humedad propia, en una segunda etapa mira a la mamá. Pero de pronto se estira y escucha con todo el cuerpo el corazón latiendo pesado en la barriga: ¡pii-pii!, lo reconoce de golpe con un grito de victoria y de terror. ¡El niño acaba de reconocer!

—¡Claro que sí! —dice orgullosa la mamá—. Claro que sí, mi amor, es el pii-pii que ha pasado por la calle, le contaré a papá que ya lo has aprendido. Y vaya si no se dice así: ¡pii-pii, mi amor! —dice la mamá tirando de arriba abajo y después de abajo arriba, levantándolo por las piernas, echándolo hacia atrás, tirando de nuevo de abajo hacia arriba. En todas las posiciones el niño conserva los ojos bien abiertos. Secos como el pañal nuevo.

Feliz año nuevo

(Rubem Fonseca, 1975)

Vi en la televisión que los comercios buenos estaban vendiendo como locos ropas caras para que las madames vistan en el reveillon. Vi también que las casas de artículos finos para comer y beber habían vendido todas las existencias.

Pereba, voy a tener que esperar que amanezca y levantar aguardiente, gallina muerta y farofa de los macumberos*.

Pereba entró en el baño y dijo, qué hedor.

Vete a mear a otra parte, estoy sin agua.

Pereba salió y fue a mear a la escalera.

¿Dónde afanaste la TV?, preguntó Pereba.

No afané ni madres. La compré. Tiene el recibo encima. ¡Ah, Pereba!, ¿piensas que soy tan bruto como para tener algo robado en mi cuchitril?

Estoy muriéndome de hambre, dijo Pereba.

Por la mañana llenaremos la barriga con los desechos de los babalaos*, dije, sólo por joder.

No cuentes conmigo, dijo Pereba. ¿Te acuerdas de Crispín? Dio un pellizco en una macumba aquí, en la Borges Madeiros, le quedó la pierna negra, se la cortaron en el Miguel Couto y ahí está, jodidísimo, caminando con muletas.

Pereba siempre ha sido supersticioso. Yo no. Hice la secundaria, se leer, escribir y hacer raíz cuadrada. Me cago en la macumba que me da la gana.

Encendimos unos porros y nos quedamos viendo la telenovela. Mierda. Cambiamos de canal, a un bang-bang. Otra mierda.

Las madames están todas con ropa nueva, van a entrar al año nuevo bailando con los brazos en alto, ¿ya viste cómo bailan las blancuchas? Levantan los brazos en alto, creo que para enseñar el sobaco, lo que quieren enseñar realmente es el coño pero no tienen cojones y enseñan el sobaco. Todas le ponen los cuernos a los maridos. ¿Sabías que su vida está en dar el coño por ahí?

Lástima que no nos lo dan a nosotros, dijo Pereba. Hablaba despacio, tranquilo, cansado, enfermo.

Pereba, no tienes dientes, eres bizco, negro y pobre, ¿crees que las mujeres te lo van a dar? Ah, Pereba, lo mejor para ti es hacerte una puñeta. Cierra los ojos y dale.

¡Yo quería ser rico, salir de la mierda en que estaba metido! Tanta gente rica y yo jodido.

Zequinha entró en la sala, vio a Pereba masturbándose y dijo, ¿qué es eso, Pereba?

¡Se arrugó, se arrugó, así no se puede!, dijo Pereba.

¿Por qué no fuiste al baño a jalártela?, dijo Zequinha.

En el baño hay un hedor insoportable, dijo Pereba.

Estoy sin agua.

¿Las mujeres esas del conjunto ya no están jodiendo?, preguntó Zequinha.

Él estaba cortejando a una rubia excelente, con vestido de baile y llena de joyas.

Ella estaba desnuda, dijo Pereba.

Ya veo que están en la mierda, dijo Zequinha.

* Macumberos: quienes practican macumba, rito religioso de origen africano. Ofrecen a sus espíritus comidas y bebidas que sitúan en las encrucijadas; estas ofrendas se conocen con el nombre de despachos y se ofrecen normalmente a Iemanjá, reina del mar. Farofa es una comida muy popular hecha con harina de mandioca y manteca, fundamentalmente.

* Babalaos: sacerdotes dedicados a Ifá, dios de la adivinación. (N. del T.)

Quiere comer los restos de Iemanjá, dijo Pereba.

Era una broma, dije. A fin de cuentas, Zequinha y yo habíamos asaltado un supermercado en Leblon, no había dado mucha pasta, pero pasamos mucho tiempo en São Paulo en medio de la bazofia, bebiendo y jodiendo mujeres. Nos respetábamos.

A decir verdad tampoco ando con buena suerte, dijo Zequinha. La cosa está dura. Los del orden no están bromeando, ¿viste lo que hicieron con el Buen Criollo? Dieciséis tiros en la chola. Cogieron a Vevé y lo estrangularon. El Minhoca, ¡carajo! ¡El Minhoca! Crecimos juntos en Caxias, el tipo era tan miope que no veía de aquí a allí, y también medio tartamudo —lo cogieron y lo arrojaron al Guandú, todo reventado.

Fue peor con el Tripié. Lo quemaron. Lo frieron como tocino. Los del orden no están dando facilidades, dijo Pereba. Y pollo de macumba no me lo como.

Ya verán pasado mañana.

¿Qué vamos a ver?

Sólo estoy esperando que llegue el Lambreta de São Paulo.

¡Carajo!, ¿estás trabajando con el Lambreta?, dijo Zequinha.

Todas sus herramientas están aquí.

¿Aquí?, dijo Zequinha. Estás loco.

Reí.

¿Qué fierros tienes?, preguntó Zequinha.

Una Thompson lata de guayabada, una carabina doce, de cañón cortado y dos Magnum.

¡Putá madre!, dijo Zequinha. ¿Y ustedes jalándosela sentados en ese moco de pavo?

Esperando que amanezca para comer farofa de macumba, dijo Pereba. Tendría éxito en la TV hablando de aquella forma, mataría de risa a la gente.

Fumamos. Vaciamos un pitú.

¿Puedo ver el material?, dijo Zequinha.

Bajamos por la escalera, el ascensor no funcionaba y fuimos al departamento de doña Candinha. Llamamos. La vieja abrió la puerta.

¿Ya llegó el Lambreta?, dijo la vieja negra.

Ya, dije, está allá arriba.

La vieja trajo el paquete, caminando con esfuerzo. Era demasiado peso para ella. Cuidado, hijos míos, dijo.

Subimos por la escalera y volvimos a mi departamento. Abrí el paquete. Armé primero la lata de guayabada y se la pasé a Zequinha para que la sujetase. Me amarro en esta máquina, tarratátatá, dijo Zequinha.

Es antigua pero no falla, dije.

Zequinha cogió la Magnum. Formidable, dijo. Después aseguró la Doce, colocó la culata en el hombro y dijo: aún doy un tiro con esta hermosura en el pecho de un tira, muy de cerca, ya sabes cómo, para aventar al puto de espaldas a la pared y dejarlo pegado allí.

Pusimos todo sobre la mesa y nos quedamos mirando.

Fumamos un poco más.

¿Cuándo usarán el material?, dijo Zequinha.

El día 2. Vamos a reventar un banco en la Penha. El Lambreta quiere hacer el primer golpe del año.

Es un tipo vanidoso pero vale. Ha trabajado en São Paulo, Curitiba, Florianópolis, Porto Alegre,

Vitoria, Niteroi, sin contar Rio. Más de treinta bancos.

Sí, pero dicen que pone el culo, dijo Zequinha.

No sé si lo pone, ni tengo valor para preguntar. Nunca me vino a mí con frescuras.

¿Ya lo has visto con alguna mujer?, dijo Zequinha.

No, nunca. Bueno, puede ser verdad, pero ¿qué importa?

Los hombres no deben poner el culo. Menos aún un tipo importante como el Lambreta, dijo Zequinha.

Un tipo importante hace lo que quiere, dije.

Es verdad, dijo Zequinha.

Nos quedamos callados, fumando.

Los fierros en la mano y nada, dijo Zequinha.

El material es del Lambreta. ¿Y dónde lo usaríamos a estas horas?

Zequinha chupó aire, fingiendo que tenía cosas entre los dientes. Creó que él también tenía hambre.

Estaba pensando que invadiéramos una casa estupenda que esté dando una fiesta. El mujerío está lleno de joyas y tengo un tipo que compra todo lo que le llevo. Y los barbones tienen las carteras llenas de billetes. ¿Sabes que tiene un anillo que vale cinco grandes y un collar de quince, en esa covacha que conozco? Paga en el acto.

Se acabó el tabaco. También el aguardiente. Comenzó a llover.

Se fue al carajo tu farofa, dijo Pereba.

¿Qué casa? ¿Tienes alguna a la vista?

No, pero está lleno de casas de ricos por ahí. Robamos un carro y salimos a buscar.

Coloqué la lata de guayabada en una bolsa de compra, junto con la munición. Di una Magnum al Pereba, otra al Zequinha. Enfundé la carabina en el cinto, el cañón hacia abajo y me puse una gabardina. Cogí tres medias de mujer y una tijera. Vamos, dije.

Robamos un Opala. Seguimos hacia San Conrado. Pasamos varias casas que no nos interesaron, o estaban muy cerca de la calle o tenían demasiada gente. Hasta que encontramos el lugar perfecto. Tenía a la entrada un jardín grande y la casa quedaba al fondo, aislada. Oíamos barullo de música de carnaval, pero pocas voces cantando. Nos pusimos las medias en la cara. Corté con la tijera los agujeros de los ojos. Entramos por la puerta principal.

Estaban bebiendo y bailando en un salón cuando nos vieron.

Es un asalto, grité bien alto, para ahogar el sonido del tocadiscos. Si se están quietos nadie saldrá lastimado. ¡Tú. Apaga ese coñazo de tocadiscos!

Pereba y Zequinha fueron a buscar a los empleados y volvieron con tres camareros y dos cocineras. Todo el mundo tumbado, dije.

Conté. Eran veinticinco personas. Todos tumbados en silencio, quietos como si no estuvieran siendo registrados ni viendo nada.

¿Hay alguien más en la casa?, pregunté.

Mi madre. Está arriba, en el cuarto. Es una señora enferma, dijo una mujer emperifollada, con vestido rojo largo. Debía ser la dueña de la casa.

¿Niños?

Están en Cabo Frío, con los tíos.

Gonçalves, vete arriba con la gordita y trae a su madre.

¿Gonçalves?, dijo Pereba.

Eres tú mismo ¿Ya no sabes cuál es tu nombre, bruto?

Pereba cogió a la mujer y subió la escalera.

Inocencio, amarra a los barbones.

Zequinha ató a los tipos utilizando cintos, cordones de cortinas, cordones de teléfono, todo lo que encontró.

Registramos a los sujetos. Muy poca pasta. Estaban los cabrones llenos de tarjetas de crédito y talonarios de cheques. Los relojes eran buenos, de oro y platino. Arrancamos las joyas a las mujeres. Un pellizco en oro y brillantes. Pusimos todo en la bolsa.

Pereba bajó la escalera solo.

¿Dónde están las mujeres?, dije.

Se encabritaron y tuve que poner orden.

Subí. La gordita estaba en la cama, las ropas rasgadas, la lengua fuera. Muertecita. ¿Para qué se hizo la remolona y no lo dio enseguida? Pereba estaba necesitado. Además de jodida, mal pagada. Limpié las joyas. La vieja estaba en el pasillo, caída en el suelo. También había estirado la pata. Toda peinada, con aquel pelazo armado, teñido de rubio, ropa nueva, rostro arrugado, esperando el nuevo año, pero estaba ya más para allá que para acá. Creo que murió del susto. Arranqué los collares, broches y anillos. Tenía un anillo que no salía. Con asco, mojé con saliva el dedo de la vieja, pero incluso así no salía. Me encabroné y le di una dentellada, arrancándole el dedo. Metí todo dentro de un almohadón. El cuarto de la gordita tenía las paredes forradas de cuero. La bañera era un agujero cuadrado, grande de mármol blanco, encajado en el suelo. La pared toda de espejos. Todo perfumado. Volví al cuarto, empujé a la gordita para el suelo, coloqué la colcha de satén de la cama con cuidado, quedó lisa, brillando. Me bajé el pantalón y cagué sobre la colcha. Fue un alivio, muy justo. Después me limpié el culo con la colcha, me subí los pantalones y bajé.

Vamos a comer, dije, poniendo el almohadón dentro de la bolsa. Los hombres y las mujeres en el suelo estaban todos quietos y cagados, como corderitos. Para asustarlos más dije, al puto que se mueva le reviento los sesos.

Entonces, de repente, uno de ellos dijo, con calma, no se irriten, llévense lo que quieran, no haremos nada.

Me quedé mirándolo. Usaba un pañuelo de seda de colores alrededor del pescuezo.

Pueden también comer y beber a placer, dijo.

Hijo de puta. Las bebidas, las comidas, las joyas, el dinero, todo aquello eran migajas para ellos. Tenían mucho más en el banco. No pasábamos de ser tres moscas en el azucarero.

¿Cuál es su nombre?

Mauricio, dijo.

Señor Mauricio, ¿quiere levantarse, por favor?

Se levantó. Le desaté los brazos.

Muchas gracias, dijo. Se nota que es usted un hombre educado, instruido. Pueden ustedes marcharse, que no daremos parte a la policía. Dijo esto mirando a los otros, que estaban inmóviles, asustados, en el suelo, y haciendo un gesto con las manos abiertas, como quien dice, calma mi gente, ya convencí a esta mierda con mi charla.

Inocencio, ¿ya acabaste de comer? Tráeme una pierna de peru de ésas de ahí. Sobre una mesa había comida que daba para alimentar al presidio entero. Comí la pierna de peru. Cogí la carabina doce y cargué los dos cañones.

Señor Mauricio, ¿quiere hacer el favor de ponerse cerca de la pared?

Se recostó en la pared.

Recostado no, no, a unos dos metros de distancia. Un poco más para acá. Ahí. Muchas gracias.

Tiré justo en medio del pecho, vaciando los dos cañones, con aquel trueno tremendo. El impacto arrojó al tipo con fuerza contra la pared. Fue resbalando lentamente y quedó sentado en el suelo. En el pecho tenía un orificio que daba para colocar un panetone.

Viste, no se pegó a la pared, qué coño.

Tiene que ser en la madera, en una puerta. La pared no sirve, dijo Zequinha.

Los tipos tirados en el suelo tenían los ojos cerrados, ni se movían. No se oía nada, a no ser los eructos de Pereba.

Tú, levántate, dijo Zequinha. El canalla había elegido a un tipo flaco, de cabello largo.

Por favor, el sujeto dijo, muy bajito.

Ponte de espaldas a la pared, dijo Zequinha.

Cargué los dos cañones de la doce. Tira tú, la cox de ésta me lastimó el hombro. Apoya bien la culata, si no te parte la clavícula.

Verás cómo éste va a pegarse. Zequinha tiró. El tipo voló, los pies saltaron del suelo, fue bonito, como si estuviera dando un salto para atrás. Pegó con estruendo en la puerta y permaneció allí adherido. Fue poco tiempo, pero el cuerpo del tipo quedó aprisionado por el plomo grueso en la madera.

¿No lo dije? Zequinha se frotó el hombro dolorido. Este cañón es jodido.

¿No vas a tirarte a una tía buena de éstas?, preguntó Pereba.

No estoy en las últimas. Me dan asco estas mujeres. Me cago en ellas. Sólo jodo con las mujeres que me gustan.

¿Y tú... Inocencio?

Creo que voy a tirarme a aquella morenita.

La muchacha intentó impedirlo, pero Zequinha le dio unos sopapos en los cuernos, se tranquilizó y quedó quieta, con los ojos abiertos, mirando al techo, mientras era ejecutada en el sofá.

Vámonos, dije. Llenamos toallas y almohadones con comida y objetos.

Muchas gracias a todos por su cooperación, dije. Nadie respondió.

Salimos. Entramos en el Opala y volvimos a casa.

Dije al Pereba, dejás el rodante en una calle desierta de Botafogo, coges un taxi y vuelves. Zequinha y yo bajamos.

Este edificio está realmente jodido, dijo Zequinha, mientras subíamos con el material, por la escalera inmundada y destrozada.

Jodido pero es Zona Sur, cerca de la playa. ¿Quieres que vaya a vivir a Nilópolis?

Llegamos arriba cansados. Coloqué las herramientas en el paquete, las joyas y el dinero en la bolsa y lo llevé al departamento de la vieja negra.

Doña Candinha, dije, mostrando la bolsa, esto quema.

Pueden dejarlo, hijos míos. Los del orden no vienen aquí.

Subimos. Coloqué las botellas y la comida sobre una toalla en el suelo. Zequinha quiso beber y no lo dejé. Vamos a esperar a Pereba.

Cuando el Pereba llegó, llené los vasos y dije, que el próximo año sea mejor. Feliz año nuevo.

El Cobrador

(Rubem Fonseca, 1979)

En la puerta de la calle una dentadura enorme, debajo escrito Dr. Carvalho, Dentista. En la sala de espera vacía un cartel, Espere, el doctor está atendiendo a un cliente. Esperé media hora, la muela rabiando, la puerta se abrió y apareció una mujer acompañada de un tipo grande, de unos cuarenta años, con bata blanca.

Entré en el consultorio, me senté en el sillón, el dentista me sujetó al pescuezo una servilleta de papel. Abrí la boca y dije que la muela de atrás me dolía mucho. Miró con un espejito y preguntó cómo es que había dejado que mi boca quedara en ese estado.

Como para partirse de risa. Tienen gracia estos tipos.

Voy a tener que arrancársela, dijo, le quedan pocos dientes, y si no hacemos un trabajo rápido, los va a perder todos, hasta éstos —y dio un golpecito sonoro en los de adelante.

Una inyección de anestesia en la encía. Me mostró la muela en la punta del botador: la raíz está podrida, ¿ve?, dijo sin interés. Son cuatrocientos cruceiros.

De risa. No tengo, dije.

¿Que no tienes qué?

No tengo los cuatrocientos cruceiros. Fui caminando en dirección a la puerta.

Me cerró el paso con el cuerpo. Será mejor que pagues, dijo. Era un hombre alto, manos grandes y fuertes muñecas de tanto arrancar muelas a los desgraciados. Mi pinta, un poco canija, envalentona a cierta gente. Odio a los dentistas, a los comerciantes, a los abogados, a los industriales, a los funcionarios, a los médicos, a los ejecutivos, a toda esa canalla. Tienen muchas que pagarme todos ellos. Abrí la camisa, saqué el 38, y pregunté con tanta rabia, que una gotita de saliva salió disparada hacia su cara —¿qué tal si te meto esto en el culo? Se quedó blanco, retrocedió. Apuntándole al pecho con el revólver empecé a aliviar mi corazón: arranqué los cajones de los armarios, lo tiré todo por el suelo, la emprendí a puntapiés con los Frascitos, como si fueran balones; daban contra la pared y estallaban. Hacer añicos las escupideras y los motores me costó más, hasta me hice daño en las manos y en los pies. El dentista me miraba, varias veces pareció a punto de saltar sobre mí, me hubiera gustado que lo hiciera, para pegarle un tiro en aquel barrigón lleno de mierda.

¡No pago nada! ¡Ya me harté de pagar!, le grité, ¡ahora soy yo quien cobra!

Le pegué un tiro en la rodilla. Tendría que haber matado a aquel hijo de puta.

La calle llena de gente. Digo, dentro de mi cabeza y a veces para afuera, ¡todos me las tienen que pagar! Me deben comida, coños, cobertores, zapatos, casa, coche, reloj, muelas; todo me lo deben. Un ciego pide limosna agitando una escudilla de aluminio con monedas. Le pego una patada en la escudilla, el tintineo de las monedas me irrita. Calle Marechal Floriano, armería, farmacia, banco, putas, fotógrafo, Light, vacuna, médico, Ducal, gente a montones. Por las mañanas no hay quien avance camino de la Central, la multitud viene arrollando como una enorme oruga que ocupa toda la acera.

Me encabronan esos tipos que andan en Mercedes. La bocina del carro también me fastidia. Anoche fui a ver a un tipo que tenía una Magnum con silenciador para vender en la Cruzada, y cuando estaba atravesando la calle tocó la bocina un sujeto que había ido a jugar tenis en uno de aquellos clubs finolis de por allá. Yo iba distraído, pensando en la Magnum, cuando sonó la bocina. Vi que el carro venía lentamente y me quedé parado frente a él.

¿Qué pasa?, gritó.

Era de noche y no había nadie por allí. Él estaba vestido de blanco. Saqué el 38 y disparé contra el parabrisas, más para cascarle el vidrio que para darle a él. Arrancó a toda prisa, como para atropellarme o huir, o las dos cosas. Me eché a un lado, pasó el coche, los neumáticos chirriando en el asfalto. Se paró un poco más allá. Me acerqué. El tipo estaba tumbado con la cabeza hacia atrás, la cara y el cuerpo estaban cubiertos de millares de astillitas de cristal. Sangraba mucho, con una herida en el cuello, y llevaba ya el traje blanco todo manchado de rojo.

Volvió la cabeza, que estaba apoyada en el asiento, los ojos muy abiertos, negros, y el blanco en torno era azul lechoso, como una nuez de jabuticaba por dentro. Y porque el blanco de sus ojos era azulado le dije —oye, vas a morir, ¿quieres que te pegue el tiro de gracia?

No, no, dijo con esfuerzo, por favor.

En la ventana vi a un tipo observándome. Se escondió cuando miré hacia allá. Debía haber llamado a la policía.

Salí caminando tranquilamente, volví a la Cruzada. Había sido una buena idea despedazar el parabrisas del Mercedes. Tendría que haberle pegado un tiro en el capot y otro en cada puerta, el hojalatero iba a agradecerlo.

El tipo de la Magnum ya había vuelto. ¿Traes los treinta mil? Ponlos aquí, en esta mano que no ha agarrado en su vida el tacho. Su mano era blanca, lisita, pero la mía estaba llena de cicatrices, tengo todo el cuerpo lleno de cicatrices, hasta el pito lo tengo lleno de cicatrices.

También quiero comprar una radio, le dije.

Mientras iba a buscar la radio, examiné a fondo mi Magnum. Bien engrasadita, y también cargada. Con el silenciador parecía un cañón.

El perista volvió con una radio de pilas. Es japonesa, dijo.

Dale, para que lo oiga.

Lo puso.

Más alto, le pedí.

Aumentó el volumen.

Puf. Creo que murió del primer tiro. Le aticé dos más sólo para oír puf, puf.

Me deben escuela, novia, tocadiscos, respeto, sängüich de mortadela en el bar de la calle Vieira Fazenda, helado, balón de fútbol.

Me quedo frente a la televisión para aumentar mi odio. Cuando mi cólera va disminuyendo y pierdo las ganas de cobrar lo que me deben, me siento frente a la televisión y al poco tiempo me vuelve el odio. Me gustaría mucho coger al tipo que hace el anuncio del güisqui. Está vestidito, bonito, todo sanforizado, abrazado a una rubia reluciente, y echa unos cubitos de hielo en el vaso y sonríe con todos los dientes, sus dientes firmes y verdaderos; me gustaría agarrarlo y rajarle la boca con una navaja, por los dos lados, hasta las orejas, y esos dientes tan blancos quedarían todos fuera, con una sonrisa de calavera descarnada. Ahora está ahí, sonriendo, y luego besa a la rubia en la boca. Se ve que tiene prisa el hombre.

Mi arsenal está casi completo: tengo la Magnum con silenciador, un Colt Cobra 38, dos navajas, una carabina 12, un Taurus 38, un puñal y un machete. Con el machete voy a cortarle a alguien la cabeza de un solo tajo. Lo vi en el cine, en uno de esos países asiáticos, aún en tiempo de los ingleses. El ritual consistía en cortar la cabeza de un animal, creo que un búfalo, de un solo tajo. Los oficiales ingleses

presidían la ceremonia un poco incómodos, pero los decapitadores eran verdaderos artistas. Un golpe seco y la cabeza del animal rodaba chorreando sangre.

En casa de una mujer que me atrapó en la calle. Coroa, dice que estudia en la escuela nocturna. Ya pasé por eso, mi escuela fue la más nocturna de todas las escuelas nocturnas del mundo, tan mala que ya ni existe. La derribaron. Hasta la calle donde estaba fue demolida. Me pregunta qué hago, y le digo que soy poeta, cosa que es rigurosamente cierta. Me pide que le recite uno de mis poemas. Ahí va: A los ricos les gusta acostarse tarde/ sólo porque saben que la chusma/ tiene que acostarse temprano para madrugar. Esa es otra oportunidad suya/ para mostrarse diferentes:/ hacer el parásito,/ despreciar a los que sudan para ganar la comida,/ dormir hasta tarde,/ tarde/ un día/ por fortuna/ demasiado tarde./

Me interrumpe preguntándome si me gusta el cine. ¿Y el poema? Ella no entiende. Sigo: Sabía bailar la samba y enamorarse/ y rodar por el suelo/ sólo por poco tiempo./ Del sudor de su rostro nada se había construido./ Quería morir con ella,/ pero eso fue otro día,/ realmente otro día./ En el cine Iris, en la calle Carioca/ El Fantasma de la Ópera/ Un tío de negro,/ cartera negra, el rostro oculto,/ en la mano un pañuelo blanco inmaculado,/ hacía puñetas a los espectadores:/ en aquel tiempo, en Copacabana,/otro/ que ni apellido tenía,/ se bebía los orines de los mingitorios de los cines/ y su rostro era verde e inolvidable./ La Historia está hecha de gente muerta/ y el futuro de gente que va a morir./ ¿Crees que ella va a sufrir?/ Es fuerte, aguantará./ Aguantaría también si fuera débil./ Ahora bien, tú, no sé./ Fingiste tanto tiempo, pegaste bofetadas y gritos, mentiste./ Estás cansado/, has terminado/ no sé qué es lo que te mantiene vivo./

No entendía de poesía. Estaba sólo conmigo y quería fingir indiferencia, bostezaba desesperadamente. La eterna trapacería de las mujeres.

Me das miedo, acabó confesando.

Esta pendeja no me debe nada, pensé, vive con estrechuras en su pisito, tiene los ojos hinchados de beber porquerías y de leer la vida de las niñas bien en la revista Vogue.

¿Quieres que te mate?, pregunté mientras bebíamos güisqui de garrafa.

Quiero que me revuelques en la cama, se rió ansiosa, dubitativa.

¿Acabar con ella? Nunca había estrangulado a nadie con mis propias manos. No tiene mucho estilo, ni drama, estrangular a alguien; es como si fuera una pelea callejera. Pero, pese a todo, tenía ganas de estrangular a alguien, pero no a una desgraciada como aquélla. Para un don nadie basta quizá con un tiro en la nuca.

Lo he venido pensando últimamente. Se había quitado la ropa: pechos mustios y colgantes; los pezones como pasas gigantescas que alguien hubiera pisoteado; los muslos flácidos, con celulitis, gelatina estragada con pedazos de fruta podrida.

Estoy muerta de frío, dijo.

Me eché encima de ella. Me cogió por el cuello, su boca y la lengua en mi boca, una vagina chorreante, cálida y olorosa.

Cogimos.

Ahora se ha quedado dormida.

Soy justo.

Leo los periódicos. La muerte del perista de la Cruzada ni viene en las noticias. El señoritingo del Mercedes con ropa de tenis murió en el Miguel Couto y los periódicos dicen que fue asaltado por el bandido Boca Ancha. Es como para morir de risa.

Hago un poema titulado Infancia o Nuevos Olores de Coño con U: Aquí estoy de nuevo/ oyendo a los Beatles/ en Radio Mundial/ a las nueve de la noche/ en un cuarto que podía ser/ y era/ el de un santo mártir./ No había pecado/ y no sé porqué me condenaban/ por ser inocente o por estúpido. De todos modos/ el suelo seguía allí/ para zambullirse./ Cuando no se tiene dinero/ es conveniente tener músculos/ y odio./

Leo los periódicos para saber qué es lo que están comiendo, bebiendo, haciendo. Quiero vivir mucho para tener tiempo de matarlos a todos.

Desde la calle veo la fiesta en la Vieira Souto, las mujeres con vestido de noche, los hombres de negro. Camino lentamente, de un lado a otro, por la calle; no quiero despertar sospechas y el machete lo llevo por dentro del pantalón, amarrado; no me deja caminar bien. Parezco un lisiado, me siento como un lisiado. Un matrimonio de mediana edad pasa a mi lado y me mira con pena; también yo siento pena de mí, cojo, y me duele la pierna.

Desde la acera veo a los camareros sirviendo champán francés. A esa gente le gusta el champán francés, la ropa francesa, la lengua francesa.

Estaba allí desde las nueve, cuando pasé por delante, bien pertrechado de armas, entregado a la suerte y al azar, y la fiesta surgió ante mí.

Los estacionamientos que había ante la casa se ocuparon pronto todos, y los coches de los asistentes tuvieron que estacionarse en las oscuras calles laterales. Me interesó mucho uno, rojo, y en él, un hombre y una mujer, jóvenes y elegantes los dos. Fueron hasta el edificio sin cruzar palabra; él, ajustándose la pajarita, y ella, el vestido y el peinado. Se preparaban para una entrada triunfal, pero desde la acera veo que su llegada fue, como la de los otros, recibida con total desinterés. La gente se acicala en el peluquero, en la modista, en los salones de masaje y sólo el espejo les presta, en las fiestas, la atención que esperaban. Vi a la mujer con su vestido azul flotante y murmuré: te voy a prestar la atención que te mereces, por algo te pusiste tus mejores braguitas y has ido tantas veces a la modista y te has pasado tantas cremas por la piel y te has puesto un perfume tan caro.

Fueron los últimos en salir. No andaban con la misma firmeza y discutían irritados, voces pastosas, confusas.

Llegué junto a ellos en el momento en que el hombre abría la puerta del coche. Yo venía cojeando y él apenas me lanzó una mirada distraída, a ver quién era, y descubrió sólo a un inofensivo inválido de poca monta.

Le apoyé la pistola en la espalda.

Haz lo que te diga o mato a los dos, dije.

Entrar con la pata rígida en el estrecho asiento de atrás no fue fácil. Quedé medio tumbado, con la pistola apuntando a su cabeza. Le mandé que tirara hacia la Barra de Tijuca. Saque el machete de dentro del pantalón cuando me dijo, llévate el dinero y el coche y déjanos aquí. Estábamos frente al Hotel Nacional. De risa. Él estaba ya sobrio y quería tomarse el último güisquito mientras daba cuenta a la policía por teléfono. Hay gente que se cree que la vida es una fiesta. Seguimos por el Recreiro dos Bandeirantes hasta llegar a una playa desierta. Saltamos. Dejé los faros encendidos.

Nosotros no le hemos hecho nada, dijo él.

¿Que no? De risa. Sentí el odio inundándome los oídos, las manos, la boca, todo mi cuerpo, un gusto de vinagre y de lágrimas.

Está embarazada, dijo él señalando a la mujer, va a ser nuestro primer hijo.

Miré la barriga de aquella esbelta mujer y decidí ser misericordioso, y dije, puf, allá donde debía estar su ombligo y me cargué al feto. La mujer cayó de bruces. Le apoyé la pistola en la sien y dejé allí un

agujero como la boca de una mina.

El hombre presenció todo sin decir ni una palabra, la cartera del dinero en su mano tendida. Cogí la cartera y la tiré al aire y cuando iba cayendo le di un taconazo, con la zurda, echándola lejos.

Le até las manos a la espalda con un cordel que llevaba. Después le amarré los pies.

Arrodíllate, le dije.

Se arrodilló.

Los faros iluminaban su cuerpo. Me arrodillé a su lado, le quité la pajarita, doblé el cuello de la camisa, dejándole el pescuezo al aire.

Inclina la cabeza, ordené.

La inclinó. Levanté el machete, sujeto con las dos manos, vi las estrellas en el cielo, la noche inmensa, el firmamento infinito e hice caer el machete, estrella de acero, con toda mi fuerza, justo en medio del pescuezo.

La cabeza no cayó y él intentó levantarse agitándose como una gallina atontada en manos de una cocinera incompetente. Le di otro golpe, y otro más y otro, y la cabeza no rodaba por el suelo. Se había desmayado o había muerto con la condenada cabeza aquella sujeta al pescuezo. Empujé el cuerpo sobre la salpicadera del coche. El cuello quedó en buena posición. Me concentré como un atleta a punto de dar un salto mortal. Esta vez, mientras el machete describía su corto recorrido mutilante zumbando, hendiendo el aire, yo sabía que iba a conseguir lo que quería. ¡Broc!, la cabeza salió rodando por la arena. Alcé el alfanje y grité: ¡Salve el Cobrador! Di un tremendo grito que no era palabra alguna, sino un aullido prolongado y fuerte, para que todos los animales se estremecieran y se largaran de allí. Por donde yo paso se derrite el asfalto.

Una caja negra bajo el brazo. Digo con la lengua trabada que soy el fontanero y que voy al departamento doscientos uno. Al portero le hace gracia mi lengua estropajosa y me manda subir. Empiezo por el último piso. Soy el fontanero (lengua normal ahora), vengo a arreglar eso. Por la abertura, dos ojos: nadie ha llamado al fontanero. Bajo al séptimo, lo mismo. Sólo tengo suerte en el primer piso.

La criada me abrió la puerta y gritó hacia dentro, es el fontanero. Salió una muchacha en camisón, un frasquito de esmalte de uñas en la mano, bonita, unos veinticinco años.

Debe haber un error, dijo, no necesitamos al fontanero.

Saqué la Cobra de dentro de la funda. Claro que lo necesitan, y quietas o me las cargo a las dos. ¿Hay alguien más en casa? El marido estaba trabajando, y el chiquillo en la escuela. Agarré a la criadita, le tapé la boca con esparadrapo. Me llevé a la mujer al cuarto.

Desnúdate.

No me voy a quitar la ropa, dijo con la cabeza erguida.

Me lo deben todo, té, calcetines, cine, filete y coño; anda, rápido. Le di un porrazo en la cabeza. Cayó en la cama, con una marca roja en la cara. No me la quito. Le arranqué el camisón, las braguitas. No llevaba sostén. Le abrí las piernas. Coloqué las rodillas sobre sus muslos. Tenía una pelambreira basta y negra. Se quedó quieta, con los ojos cerrados. No fue fácil entrar en aquella selva oscura, el coño estaba apretado y seco. Me incliné, abrí la vagina y escupí allá adentro, un gargajo gordo. Pero tampoco así fue fácil. Sentía la verga desollada. Empezó a gemir cuando se la hundí con toda mi fuerza hasta el fin. Mientras la metía y sacaba le iba pasando la lengua por los pechos, por la oreja, por el cuello, y le pasaba levemente el dedo por el culo, le acariciaba las nalgas. Mi palo empezó a quedar lubricado por los jugos de su vagina, ahora tibia y viscosa.

Como ya no me tenía miedo, o quizá porque lo tenía, se vino antes que yo. Con lo que me iba

saliendo aún, le dibujé un círculo alrededor del ombligo.

A ver si dejan de abrir la puerta al fontanero, dije, antes de marcharme.

Salgo de la buharda de la calle del Visconde de Maranguape. Un agujero en cada muela lleno de cera del Dr. Lustosa/ masticar con los dientes de adelante/ caray con la foto de la revista/ libros robados./ Me voy a la playa.

Dos mujeres charlan en la arena; una está bronceada por el sol, lleva un pañuelo en la cabeza; la otra está muy blanca, debe ir poco a la playa; tienen las dos un cuerpo muy bonito; el trasero de la pálida es el trasero más hermoso que he visto en mi vida. Me siento cerca y me quedo mirándola. Se dan cuenta de mi interés y empiezan a menearse inquietas, a decir cosas con el cuerpo, a hacer movimientos tentadores con el trasero. En la playa todos somos iguales, nosotros, los jodidos, y ellos. Y nosotros quedamos incluso mejor, porque no tenemos esos barrigones y el culazo blando de los parásitos. Me gusta la paliducha esa. Y ella parece interesada por mí, me mira de reojo. Se ríen, se ríen, enseñando los dientes. Se despiden, y la blanca se va andando hacia Ipanema, el agua mojando sus pies. Me acerco y voy caminando junto a ella, sin saber qué decir.

Soy tímido, he llevado tantos estacazos en la vida, y el pelo de ella se ve cuidado y fino, su tórax es esbelto, los senos pequeños, los muslos sólidos, torneados, musculosos y el trasero formado por dos hemisferios consistentes. Cuerpo de bailarina.

¿Estudias ballet?

Estudié, dice. Me sonrío. ¿Cómo puede tener alguien una boca tan bonita? Me dan ganas de lamer su boca diente a diente. ¿Vives por aquí?, me pregunta. Sí, miento. Ella me señala una casa en la playa, toda de mármol.

De vuelta a la calle del Visconde de Maranguape. Hago tiempo para ir a la casa de la paliducha. Se llama Ana. Me gusta Ana, palindrómico. Afilo el machete en una piedra especial, el cuello de aquel señorito era muy duro. Los periódicos dedicaron mucho espacio a la pareja que maté en la Barra. La chica era hija de uno de esos hijos de puta que se hacen ricos, en Sergipe o Piauí, robando a los muertos de hambre, y luego se vienen a Rio, y los hijos de cara chata ya no tienen acento, se tiñen el pelo de rubio y dicen que descienden de holandeses.

Los cronistas de sociedad estaban consternados. Aquel par de señoritingos que me cargué estaban a punto de salir hacia París. Ya no hay seguridad en las calles, decían los titulares de un periódico. De risa. Tiré los calzoncillos al aire e intenté cortarlos de un tajo como hacía Saladino (con un lienzo de seda) en el cine.

Ahora ya no hacen cimitarras como las de antes/ Soy una hecatombe/ No fue ni Dios ni el Diablo/ quien me hizo vengador/ Fui yo mismo/ Soy el Hombre-Pene/ Soy el Cobrador./

Voy al cuarto donde doña Clotilde está acostada desde hace tres años. Doña Clotilde es la dueña de la buhardilla.

¿Quiere que barra la habitación?, le pregunto.

No, hijo mío; sólo quería que me pusieras la inyección de trinevral antes de marcharte.

Hiervo la jeringa, preparó la inyección. El culo de doña Clotilde está seco como una hoja vieja y arrugada de papel arroz.

Vienes que ni caído del cielo, hijo mío. Ha sido Dios quien te ha enviado, dice.

Doña Clotilde no tiene nada, podría levantarse e ir de compras al supermercado. Su mal está en la cabeza. Y después de pasarse tres años acostada, sólo se levanta para hacer pipí y caquitas, que ni fuerzas debe tener.

El día menos pensado le pego un tiro en la nuca.

Cuando satisfago mi odio me siento poseído por una sensación de victoria, de euforia, que me da ganas de bailar —doy pequeños aullidos, gruño sonidos inarticulados, más cerca de la música que de la poesía, y mis pies se deslizan por el suelo, mi cuerpo se mueve con un ritmo hecho de balanceos y de saltos, como un salvaje, o como un mono.

Quien quiera mandar en mí, puede quererlo, pero morirá. Tengo ganas de acabar con un figurón de ésos que muestran en la tele su cara paternal de bellaco triunfador, con una de esas personas de sangre espesa a fuerza de caviars y champán. Come caviar/ tu hora va a llegar./ Me deben una muchacha de veinte años, llena de dientes y perfume. ¿La de la casa de mármol? Entro y me está esperando, sentada en la sala, quieta, inmóvil, el pelo muy negro, la cara blanca, parece una fotografía.

Bueno, vámonos, le digo. Me pregunta si traigo coche. Le digo que no tengo coche. Ella sí tiene. Bajamos por el ascensor de servicio y salimos en el garaje, entramos en un Puma convertible.

Al cabo de un rato le pregunto si puedo conducir y cambiamos de sitio. ¿Te parece bien a Petrópolis?, pregunto. Subimos a la sierra sin decir palabra, ella mirándome. Cuando llegamos a Petrópolis me pide que pare en un restaurante. Le digo que no tengo ni dinero ni hambre, pero ella tiene las dos cosas, come vorazmente, como si temiera que en cualquier momento vinieran a retirarle el plato. En la mesa de al lado, un grupo de muchachos bebiendo y hablando a gritos, jóvenes ejecutivos que suben el viernes y que beben antes de encontrarse con madame toda acicalada para jugar cartas o para chismorrear mientras van catando quesos y vinos. Odio a los ejecutivos. Acaba de comer y dice, ¿qué hacemos ahora? Ahora vamos a regresar, le digo, y bajamos la sierra, yo conduciendo como un rayo, ella mirándome. Mi vida no tiene sentido, hasta he pensado en suicidarme, dice. Paro en la calle del Visconde de Maranguape. ¿Aquí vives? Salgo sin decir nada. Ella viene detrás: ¿cuándo te volveré a ver? Entro y mientras voy subiendo las escaleras oigo el ruido del coche que se pone en marcha.

Top Executive Club. Usted merece el mejor relax, hecho de cariño y comprensión. Nuestras masajistas son expertas. Elegancia y discreción.

Anoto la dirección y me encamino a un local, una casa, en Ipanema. Espero a que él salga, vestido con traje gris, chaleco, cartera negra, zapatos brillantes, pelo planchado. Saco un papel del bolsillo, como alguien que anda en busca de una dirección, y voy siguiéndole hasta el coche. Estos cabrones siempre cierran el coche con llave, saben que el mundo está lleno de ladrones, también ellos lo son, pero nadie los agarra. Mientras abre el coche, le meto el revólver en la barriga. Dos hombres, uno frente al otro, hablando no llaman la atención. Meter el revólver en la espalda asusta más, pero eso sólo debe hacerse en lugares desiertos.

Estáte quieto o te lleno de plomo esa barrigota ejecutiva.

Tiene el aire petulante y al mismo tiempo ordinario del ambicioso ascendente inmigrado del interior, deslumbrado por las crónicas de sociedad, consumista, elector de la Arena, católico, cursillista, patriota, mayordomista y bocalibrista, los hijos estudiando en la Universidad, la mujer dedicada a la decoración de interiores y socia de una butique.

A ver, ejecutivo, ¿qué te hizo la masajista? ¿Te hizo una puñeta o te la chupó?

Bueno, usted es un hombre y sabe de estas cosas, dijo. Palabras de ejecutivo con chofer de taxi o ascensorista. Desde Botucatu a la Dictadura, cree que se ha enfrentado ya con todas las situaciones de crisis.

Qué hombre ni qué niño muerto, digo suavemente, soy el Cobrador.

¡Soy el Cobrador!, grito.

Empieza a ponerse del color del traje. Piensa que estoy loco y él aún no se ha enfrentado con ningún loco en su maldito despacho con aire acondicionado.

Vamos a tu casa, le digo.

No vivo aquí, en Rio, vivo en São Paulo, dice. Ha perdido el valor, pero no las mañas. ¿Y el carro?, le pregunto. ¿El carro? ¿Qué carro? ¿Ése con matricula de Rio? Tengo mujer y tres hijos, intenta cambiar de conversación. ¿Qué es esto? ¿Una disculpa, una contraseña, habeas corpus, salvoconducto? Le mando parar el coche. Puf, puf, puf, un tiro por cada hijo, en el pecho. El de la mujer en la cabeza, puf.

Para olvidar a la chica de la casa de mármol voy a jugar futbol a un descampado. Tres horas seguidas, mis piernas todas arruinadas de los patadones que me llevé, el dedo gordo del pie derecho hinchado, tal vez roto. Me siento, sudoroso, a un lado del campo, junto a un negro que lee *O Dia*. Los titulares me interesan, le pido el periódico, el tío me dice ¿por qué no te compras uno si quieres leerlo? No me enfado. El tipo tiene pocos dientes, dos o tres, retorcidos y oscuros. Digo, bueno, no vamos a pelearnos por eso. Compró dos perros calientes y dos cocas, le doy la mitad y él me da el periódico. Los titulares dicen: La policía anda en busca del loco de la Magnum. Le devuelvo el periódico, él no lo acepta, sonrío para mí mientras mastica con los dientes de adelante, o mejor con las encías de adelante, que, de tanto usarlas, las tiene afiladas como navajas. Noticia del diario: Un grupo de peces gordos de la zona sur haciendo preparativos para el tradicional Baile de Navidad —Primer Grito del Carnaval. El baile empieza el día 24 y termina el día 1º del Año Nuevo; vienen hacendados de la Argentina, herederos alemanes, artistas norteamericanos, ejecutivos japoneses, el parasitismo internacional. La Navidad se ha convertido en una fiesta. Bebida, locura, orgía, despilfarro.

El Primer Grito del Carnaval. De risa. Tienen gracia estos tipos...

Un loco se tiró desde el puente de Niterói y estuvo nadando doce horas hasta que dio con él una lancha de salvamento. Y no agarró ni un resfriado.

Cuarenta viejos mueren en el incendio de un asilo, las familias lo celebrarán.

Acabo de poner la inyección de trinevral a doña Clotilde cuando llaman al timbre. Nunca llama nadie al timbre de la buhardilla. Yo hago las compras, arreglo la casa. Doña Clotilde no tiene parientes. Miro desde el balcón. Es Ana Palindrómica.

Hablamos en la calle. ¿Estás huyendo de mí?, pregunta. Más o menos, digo. Subo con ella a la buhardilla. Doña Clotilde, estoy aquí con una chica, ¿puedo llevarla al cuarto? Hijo mío, la casa es tuya, haz lo que quieras; pero me gustaría verla.

Nos quedamos de pie al lado de la cama. Doña Clotilde se queda mirando a Ana un tiempo inmenso. Se le llenan los ojos de lágrimas. Yo rezaba todas las noches, solloza, todas las noches, para que encontraras una chica como ésta. Alza los brazos flacos cubiertos de colgajos de piel flácida, junta las manos y dice, oh Dios mío, gracias, gracias.

Estamos en mi cuarto, de pie, ceja contra ceja, como en el poema, y la desnudo, y ella me desnuda a mí, y su cuerpo es tan hermoso que siento una opresión en la garganta, lágrimas en mi rostro, ojos ardiendo, mis manos tiemblan y ahora estamos acostados, uno en el otro, entrelazados, gimiendo, y más, y más, sin parar, ella grita, la boca abierta, los dientes blancos como de un elefante joven, ¡ay, ay, adoro tu obsesión!, grita ella, agua y sal y humores chorrean de nuestros cuerpos, sin parar.

Ahora, mucho después, acostados, mirándonos uno al otro hipnotizados hasta que anochece y nuestros rostros brillan en la oscuridad y el perfume de su cuerpo traspasa las paredes de la habitación.

Ana despertó antes que yo y la luz ya está encendida. ¿Sólo tienes libros de poesía? Y todas estas armas, ¿para qué? Coge la Magnum del armario, carne blanca y acero negro, apunta hacia mí. Me siento en la cama.

¿Quieres disparar? Puedes disparar, la vieja no va a oír. Pero un poco más arriba. Con la punta del dedo alzo el cañón hasta la altura de mi frente. Aquí no duele.

¿Has matado a alguien alguna vez? Ana apunta el arma a mi cabeza.

Sí.

¿Y te gustó?

Sí.

¿Qué sentiste?

Un alivio.

¿Como nosotros dos en la cama?

No, no. Otra cosa. Lo contrario.

Yo no te tengo miedo, Ana dice.

Ni yo a ti. Te quiero.

Hablamos hasta el amanecer. Siento una especie de fiebre. Hago café para doña Clotilde y se lo llevo a la cama. Voy a salir con Ana, digo. Dios oyó mis oraciones, dice la vieja entre trago y trago.

Hoy es 24 de diciembre, día del Baile de Navidad o Primer Grito del Carnaval. Ana Palindrómica se ha ido de casa y vive conmigo. Mi odio ahora es diferente. Tengo una misión. Siempre he tenido una misión y no lo sabía. Ahora lo sé. Ana me ha ayudado a ver. Sé que si todos los jodidos hicieran lo que yo, el mundo sería mejor y más justo. Ana me ha enseñado a usar los explosivos y creo que estoy ya preparado para este cambio de escala. Andar matándolos uno a uno es cosa mística, y ya me he liberado de eso. En el Baile de Navidad mataremos convencionalmente a los que podamos. Será mi último gesto romántico inconsecuente. Elegimos para iniciar la nueva fase a los consumistas asquerosos de un supermercado de la zona sur. Los mataré una bomba de gran poder explosivo. Adiós machete, adiós puñal, adiós mi rifle, mi Colt Cobra, mi Magnum, hoy será el último día que los use. Beso mi cuchillo. Hoy usaré explosivos, reventaré a la gente, lograré fama, ya no seré sólo el loco de la Magnum. Tampoco volveré a salir por el parque de Flamengo mirando los árboles, los troncos, la raíz, las hojas, la sombra, eligiendo el árbol que quería tener, que siempre quise tener, un pedazo de suelo de tierra apisonada. Y los vi crecer en el parque, y me alegraba cuando llovía, y la tierra se empapaba de agua, las hojas lavadas por la lluvia, el viento balanceando las ramas, mientras los automóviles de los canallas pasaban velozmente sin que ellos miraran siquiera a los lados. Ya no pierdo mi tiempo con sueños.

El mundo entero sabrá quién eres tú, quiénes somos nosotros, dice Ana.

Noticia: El gobernador se va a disfrazar de Papá Noel. Noticia: Menos festejos y más meditación, vamos a purificar el corazón. Noticia: No faltará cerveza. No faltarán pavos. Noticia: Los festejos navideños causarán este año más víctimas de tráfico y de agresiones que en años anteriores. Policía y hospitales se preparan para las celebraciones de Navidad. El cardenal en la televisión: la fiesta de Navidad ha sido desfigurada, su sentido no es éste, esa historia del Papá Noel es una desgraciada invención. El cardenal afirma que Papá Noel es un payaso ficticio.

La víspera de Navidad es un buen día para que esa gente pague lo que debe, dice Ana. Al Papá Noel del baile quiero matarlo yo mismo a cuchilladas, digo.

Le leo a Ana lo que he escrito, nuestro mensaje de Navidad para los periódicos. Nada de salir

matando a diestra y siniestra, sin objetivo definido. Hasta ahora no sabía qué quería, no buscaba un resultado práctico, mi odio se estaba desperdiciando. Estaba en lo cierto por lo que a mis impulsos se refiere, pero mi equivocación consistía en no saber quién era el enemigo y por qué era enemigo. Ahora lo sé, Ana me lo enseñó. Y mi ejemplo debe ser seguido por otros, sólo así cambiaremos el mundo. Ésta es la síntesis de nuestro manifiesto.

Meto las armas en una maleta. Ana tira tan bien como yo, sólo que no sabe manejar el cuchillo, pero ésta es ahora un arma obsoleta. Le decimos adiós a doña Clotilde. Metemos la maleta en el coche. Vamos al Baile de Navidad. No faltará cerveza, ni pavos. Ni sangre. Se cierra un ciclo de mi vida y se abre otro.

Aquellos dos

(Historia de aparente mediocridad y represión)

Caio Fernando Abreu¹

*“- I announce adhesiveness, I say it shall be
limitless, unloosen’d*

*I say you shall yet find the friend you were
looking for”*

(Walt Whitman, “So Long!”)

I

La verdad es que no había nadie más en torno. Meses después, no en al comienzo, uno de ellos diría que la oficina era como “un desierto de almas”. El otro concordó sonriendo, orgulloso, sabiéndose excluido. Y largamente, entre cervezas, intercambiaron ácidos comentarios sobre las malamadas y voraces mujeres, conversaciones sobre fútbol, amigo secreto, lista de regalos, croupier, apuestas, dirección de la tarotista, el reloj de control, devezencuando aperitivos de fin de expediente, champaña nacional en vaso plástico. En un desierto de almas también desiertas, un alma especial reconoce de inmediato a otra –tal vez por eso, quién sabe. Pero ninguno se lo preguntó.

No llegaron a usar palabras como “especial”, “diferente” o cualquier cosa así. Pese a, sin efusiones, haberse reconocido en el primer segundo del primer minuto. Sucede, sin embargo, que no tenían ninguna preparación para dar nombre a las emociones, ni tampoco para entenderlas. No es que fuesen demasiado jóvenes, muy incultos o incluso un poco tontos. Raúl tenía un año más que treinta; Saúl, uno menos. Pero las diferencias entre ellos no se limitaban a ese tiempo, a esas letras. Raúl venía de un matrimonio fracasado, tres años y ningún hijo. Saúl, de una relación tan interminable que terminó un día, y una carrera frustrada de arquitectura. Tal vez por eso dibujaba. Solo rostros, con enormes ojos sin iris ni pupilas. Raúl escuchaba música y, a veces, borracho, tomaba la guitarra y cantaba, principalmente viejos boleros en español. Y el cine les gustaba a ambos.

Entraron en el mismo concurso a la misma firma, pero no se vieron durante las pruebas. Fueron presentados en el primer día de trabajo de cada uno. Dijeron encantado, Raúl, encantado, Saúl, después cuál era tu nombre?, sonriendo divertidos por la coincidencia. Pero discretos, porque eran nuevos en la firma y la gente, al final, nunca sabe dónde está pisando. Intentaron alejarse casi inmediatamente, pensando en limitarse a un cotidiano hola cómo estas o, máximo, los viernes, un cordial que pases un buen fin de semana. Pero desde el principio alguna cosa –hados, astros, fortuna, quién sabe– conspiraba en contra (o a favor, por qué no) de aquellos dos.

Sus mesas quedaban lado a lado. Nueve horas diarias con un intervalo de una para el almuerzo. Y perdido en medio de aquello que Raúl (¿o habrá sido Saúl?) llamaría, meses después, exactamente “un desierto de almas”, para no sentir tanto frío, tanta sed, o simplemente por ser humanos, sin querer justificarlos –o, al contrario, justificándolos plena y profundamente, en fin: ¿qué más les quedaba a aquellos dos sino poco a poco ir aproximándose, ir conociéndose, ir mezclándose? Pues eso fue lo que sucedió. Tan lentamente que casi no lo percibieron.

¹ Abreu, Caio F. “Aqueles dois”, en *Morangos mofados* (1982). Trad. Matías Rebolledo para curso de Literatura gay.

II

Eran dos jóvenes solitarios. Raúl había llegado del norte, Saúl había llegado del sur. En aquella ciudad, todos venían del norte, del sur, del centro, del este –y con esto quiero decir que este detalle no los volvería especialmente diferentes. Pero en el desierto alrededor, todos tenían referencias, una mujer, un tío, una madre, un amante. Ellos no tenían a nadie en aquella ciudad –de cierta forma, tampoco en ninguna otra–, a no ser a sí mismos. Diría también que no tenían nada, mas no sería del todo cierto.

Además de la guitarra, Raúl tenía un teléfono de saldo, un tocadiscos con radio y un tordo en una jaula, llamado Carlos Gardel. Saúl tenía un televisor a colores con imagen fantasma, cuadernos de dibujo, vidrios de tinta china y un libro con reproducciones de Van Gogh. En la pared de su cuarto de pensión, otra reproducción de Van Gogh: aquel cuarto con la silla de paja que parece torcida, la cama estrecha, las tablas del suelo, colocado en la pared frente a la cama. Acostado, Saúl tenía a veces la impresión de que el cuadro era un espejo reflejando, casi fotográficamente, su propio cuarto, faltando solo él mismo. Casi siempre era en esas veces que dibujaba.

Eran también dos jóvenes bonitos, todos pensaban. Las mujeres de la oficina, casadas, solteras, se ponían nerviosas cuando ellos aparecían, tan altos y altivos, comentó abriendo grandes ojos una de las secretarias. Al contrario de los otros hombres, algunos incluso más jóvenes, ninguno tenía panza o aquella postura desalentada de quien sella o mecanografía papeles ocho horas al día.

Moreno de barba fuerte azulando el rostro, Raúl era un poco más definido, con su voz de bajo profundo, tan adecuada para los amargos boleros que le gustaba cantar. Tenían la misma altura, el mismo porte, pero Saúl parecía un poco menor, más frágil, tal vez por su pelo claro, lleno de pequeños crespos, ojos asustadizos, de un azul desmayado. Se veían bien juntos, decían las chicas. Una dulce visión. Sin tener exactamente consciencia de eso, cuando estaban juntos aplomaban todavía más el porte y, por así decir, centellaban, lo bonito de dentro de uno estimulando lo bonito de fuera del otro, y viceversa. Como si hubiese entre aquellos dos una extraña y secreta armonía.

III

Se cruzaban, silenciosos pero cordiales, junto al termo con el cafecito, comentando el tiempo o el aburrimiento del trabajo, volviendo después a sus mesas. Muy de vez en cuando, uno le pedía un cigarro al otro, y casi siempre intercambiaban frases como tantas ganas de dejarlo, pero nunca lo intenté, o ya lo intenté tanto que ya no trato más. Duró un tiempo, aquello. Y tendría durado mucho más, porque ser así de cerrados, casi remotos, era una manera que traían de muy lejos. Del norte, del sur.

Hasta un día en que Saúl llegó atrasado y, respondiendo a un vago qué hubo, contó que se había quedado hasta tarde viendo una vieja película en la televisión. Por educación, o cumpliendo un ritual, o simplemente para que el otro no se sintiera mal llegando casi a las once, apurado, sin afeitarse, Raúl detuvo los dedos sobre el teclado de la máquina y preguntó: ¿qué película? *Infamia*, Saúl le respondió en voz baja, Audrey Hepburn, Shirley MacLaine, una película súper antigua, que ya nadie conoce. Raúl lo escuchó despacio, y más atento, cómo que nadie la conoce. Yo la conozco y me gusta mucho. Inquieto, invitó a Saúl a un café y, en lo que quedaba de aquella mañana muy fría de junio, el edificio feo más que nunca pareciendo una prisión o una clínica psiquiátrica, hablaron sin parar sobre la película.

Otras películas vendrían en los días siguientes, y tan naturalmente como si de alguna forma fuese inevitable, también llegaron las historias personales, pasados, algunos sueños, pequeñas esperanzas y sobre todo quejas. De aquella firma, de aquella vida, de aquel nudo –confesaron una tarde gris de un viernes– apretando al fondo del pecho. Durante aquel fin de semana obscuramente desearon, por primera vez, uno en su departamento de un ambiente, otro en la pensión, que el sábado y el domingo anduviesen deprisa para doblar la curva de la medianoche y nuevamente desaguar en la mañana de lunes cuando, otra vez, se encontrarían para un café. Así fue, y contaron uno que había tomado más de la cuenta, otro que durmió casi todo el tiempo. De muchas cosas hablaron aquellos dos esa mañana, menos de la falta que siquiera sabían claramente haber sentido.

Atentas, las chicas de al lado los invitaban todas arregladas a los bares después del expediente, a las salas de baile, las discotecas, fiestecitas en la casa de una, en la casa de otra. Al principio esquivos, terminaron cediendo, pero casi siempre se escabullían a rincones y balcones para contar sus interminables historias. Una noche, Raúl tomó la guitarra y cantó *Tú me acostumbraste*. En esa misma fiesta, Saúl tomó de más y vomitó en la tina. En el camino hasta sus taxis, Raúl habló por primera vez de su malogrado matrimonio. Con paso incierto, Saúl le contó de su antigua relación. Y acordaron, borrachos, que estaban cansados de todas las mujeres del mundo, sus tramas complicadas, sus exigencias mezquinas. Que les gustaba estar así, ahora, solos, dueños de sus propias vidas. Incluso si, eso no lo dijeron, no supieran qué hacer con ellas.

El día siguiente, de resaca, Saúl no fue a trabajar ni llamó por teléfono. Inquieto, Raúl vagó el día entero por los corredores súbitamente desiertos, helados, cantando bajito *Tú me acostumbraste*, entre incontables cafés y medio paquete de cigarrillos más que el habitual.

IV

Los fines de semana se volvieron tan largos que un día, entremedio de una conversa cualquiera, Raúl le dio a Saúl su número de teléfono, por si necesitas alguna cosa, si te enfermas, uno nunca sabe. Después del almuerzo del domingo, Saúl llamó a Raúl solo para saber qué estaba haciendo, y lo visitó, y comieron juntos la comida minera que la empleada había dejado lista el sábado. Fue esa vez que, ácidos y unidos, hablaron del tal desierto, de las tales almas. Se conocían hace ya casi seis meses. Saúl se dio bien con Carlos Gardel, y ensayó un canto tímido al caer la noche. Pero el que cantó fue Raúl: *Perfidia*, *La Barca* y, a pedido de Saúl, otra vez, dos veces, *Tú me acostumbraste*. A Saúl le gustaba especialmente aquella parte *sutil llegaste a mí como una tentación llenando de inquietud mi corazón*². Jugaron algunas partidas de *buraco* e, cerca de las nueve, Saúl se fue.

El lunes no hablaron ni una palabra del día anterior. Pero hablaron más que nunca, y muchas veces fueron al café. Las chicas alrededor espiaban, a veces cuchicheando sin que ellos lo notasen. En esa semana por primera vez almorzaron juntos en la pensión de Saúl, que quiso subir a su cuarto para mostrarle sus dibujos, visitas prohibidas en la noche, pero faltaban cinco para las dos y el reloj de control era implacable. Desde entonces, salían y volvían juntos, generalmente muy alegres. Poco después, con el pretexto de ver *Vaghe Stelle dell'Orsa* en la televisión de Saúl, Raúl entró escondido a la pensión, una botella de coñac escondida en el bolsillo interno del impermeable. Sentados en el suelo, con las espaldas apoyadas en la estrecha cama, casi no se preocuparon de la película. No paraban de hablar. Canturreando *Io che non vivo*, Raúl vio los dibujos, mirando atentamente la reproducción de Van Gogh, después

² En español en el original.

preguntó cómo Saúl lograba vivir en esa pieza tan pequeña. Parecía sinceramente preocupado. ¿No es triste?, preguntó. Saúl sonrió profundamente: uno se acostumbra.

Ahora Saúl llamaba todos los domingos. E iba. Almorzaban o cenaban, bebían, fumaban, hablaban todo el tiempo. Mientras Raúl cantaba –devezencuando *El día que me quieras*, devezencuando *Noche de ronda*–, Saúl hacía lentos cariños en la cabecita de Carlos Gardel, posado en su dedo índice. A veces se miraban. Y siempre sonreían. Una noche, porque llovía, Saúl terminó durmiendo en el sofá. Al día siguiente llegaron juntos a la oficina, cabellos mojados de ducha. Las mujeres no hablaron con ellos. Los funcionarios panzones y derrotados intercambiaron algunas miradas que los dos no sabrían comprender, si las notasen. Pero no percibieron nada, ni las miradas ni dos o tres bromas. Cuando faltaban diez minutos para las seis, salieron juntos, altos y altivos, para ir a ver la última película de Jane Fonda.

V

Cuando comenzaba la primavera, Saúl estuvo de cumpleaños. Porque encontraba a su amigo demasiado solitario, o por otra razón así, Raúl le dio la jaula con Carlos Gardel. Al comienzo del verano, fue el turno del cumpleaños de Raúl. Y porque estaba sin dinero, porque su amigo no tenía nada en las paredes del departamento, Saúl le regaló la reproducción de Van Gogh. Pero entre ambos cumpleaños ocurrió algo.

En el norte, cuando empezaba diciembre, la mamá de Raúl murió y él tuvo que pasar una semana afuera. Desorientado, Saúl vagaba por los corredores de la firma esperando una llamada que no llegaba, intentando en vano concentrarse en los despachos, procesos, protocolos. A la noche, en su cuarto, prendía la televisión gastando el tiempo en telenovelas vacías o dibujando ojos cada vez más enormes, mientras acariciaba a Carlos Gardel. Tomó mucho en esa semana. Y tuvo un sueño: caminaba entre personas de la oficina, todas de negro, acusadoras. A excepción de Raúl, todo de blanco, abriendo los brazos para él. Abrazados fuertemente, y tan próximos que uno podía sentir el olor del otro. Despertó pensando pero él debe estar de luto.

Raúl volvió sin luto. Un viernes en la tarde llamó a la oficina pidiéndole a Saúl que fuera a verlo. La voz de bajo profundo parecía incluso más baja, más profunda. Saúl fue. Raúl se había dejado crecer la barba. Extrañamente, en vez de parecer más viejo o más duro, tenía un rostro casi de niño. Tomaron mucho esa noche. Raúl habló mucho de su mamá –podría haber sido mejor con ella, dijo, y no cantó. Cuando Saúl se estaba yendo, empezó a llorar. Sin saber muy bien qué hacía, Saúl extendió la mano y, cuando se dio cuenta, sus dedos habían tocado la barba crecida de Raúl. Sin tiempo para comprenderlo, se abrazaron fuertemente. Y tan cerca que uno podía sentir el olor del otro: el de Raúl, flor seca, cajón cerrado; el de Saúl, after-shave, talco. Duró mucho tiempo. La mano de Saúl tocaba la barba de Raúl, que pasaba los dedos por los pequeños rizos del pelo del otro. No decían nada. En el silencio era posible oír una llave gotear a lo lejos. Tanto tiempo duró que, cuando Saúl llevó la mano al cenicero, el cigarro era apenas una larga ceniza que el aplastó sin comprender.

Se alejaron entonces. Raúl dijo cualquier cosa como no tengo a nadie más en el mundo, y Saúl otra cosa cualquiera como me tienes a mí ahora, y para siempre. Usaban palabras grandes –nadie, mundo, siempre– y se apretaban las manos al mismo tiempo, mirándose a los ojos inyectados de humo y alcohol. Aunque fuese viernes y no necesitaran ir a la oficina a la mañana siguiente, Saúl se despidió. Caminó durante horas por las calles vacías, llenas apenas de gatos y putas. En su casa, acarició a Carlos Gardel hasta que ambos se durmieron. Pero un poco antes, sin saber por qué, comenzó a llorar sintiéndose infeliz

y solo y pobre y feo y confuso y abandonado y borracho y triste, triste, triste. Pensó en llamar a Raúl, pero no tenía más saldo y era demasiado tarde.

VI

Después llegó Navidad, el Año nuevo que pasaron juntos, excusándose de invitaciones de colegas de la oficina. Raúl le dio a Saúl una reproducción del *Nacimiento de Venus*, que él puso en la pared exactamente donde estuviera el cuarto de Van Gogh. Saúl le dio a Raúl un disco llamado *Los grandes éxitos de Dalva de Oliveira*. Lo que más escucharon fue *Nossas Vidas*, poniendo atención al trecho que decía *hasta nuestros besos parecen besos de quien nunca amó*.

Fue en la noche del treinta y uno, con el champaña abierto en el departamento de Raúl, que Saúl alzó la copa y brindó a nuestra amistad que nunca nunca va a terminar. Tomaron hasta casi desmayarse. Antes de acostarse, cambiándose de ropa en el baño, Saúl dijo que iba a dormir desnudo. Raúl lo vio y le dijo tienes un cuerpo bonito. Tú también, dijo Saúl, y bajó los ojos. Se acostaron ambos desnudos, uno en la cama detrás del guardarropa, otro en el sofá. Durante casi toda la noche, uno lograba ver la brasa encendida del cigarro del otro, horadando la oscuridad como un demonio de ojos quemantes. Por la mañana, Saúl se fue sin despedirse para que Raúl no notase sus profundas ojeras.

Cuando empezó enero, casi en la época de salir de vacaciones –y habían planeado, juntos, quién sabe Parati, Ouro Preto, Porto Seguro– quedaron sorprendidos aquella mañana en que el jefe de sección los llamó, cerca del mediodía. Hacía mucho calor. Sudoroso, el jefe fue directo al asunto. Había recibido algunas cartas anónimas. Se negó a mostrarlas. Pálidos, escucharon expresiones como “relación anormal y ostensiva”, “desvergonzada aberración”, “comportamiento enfermo”, “psicología deformada”, siempre firmadas por *Un Atento Guardián de la Moral*. Saúl bajó los ojos lánguidos, pero Raúl se puso de pie. Parecía muy alto cuando, con una de las manos apoyada en el hombro del amigo y otra irguiéndose provocativa en el aire, logró incluso decir la palabra *nunca*, antes de que el jefe, entre cosas como la-reputación-de-nuestra-firma, declarase frío: están ustedes despedidos.

Vaciaron lentamente cada uno sus cajones, la sala desierta a la hora del almuerzo, sin mirarse a los ojos. El sol del verano calentaba la cubierta metálica de las mesas. Raúl guardó en un sobre café grande un par de ojos enormes, sin iris ni pupilas, regalo de Saúl, que guardó en su sobre café grande, con algunas manchas de café, la letra de *Tú me acostubraste*, escrita a mano por Raúl una tarde cualquiera de agosto. Bajaron juntos por el ascensor, en silencio. Pero cuando salieron por la puerta de aquel edificio grande y antiguo, parecido a una clínica o una cárcel, observados desde arriba por todos los colegas desde las ventanas, la camisa blanca de uno, la azul del otro, estaban aun más altos y más altivos. Se demoraron todavía algunos minutos frente al edificio. Después tomaron el mismo taxi, Raúl abriendo la puerta para que Saúl entrase. Ay-ay, gritó alguien de la ventana. Pero ellos no escucharon. El taxi ya había doblado la esquina.

Durante las tardes polvorientas de aquel resto de enero, cuando el sol parecía la yema de un enorme huevo frito en un azul sin nubes en el cielo, nadie más logró trabajar en paz en la oficina. Casi todos allí dentro tenían la nítida sensación de que serían infelices para siempre. Y lo fueron.

Alguna cosa urgentemente

(João Gilberto Noll, 1980)

Los primeros años de la vida suscitaron en mí el gusto por la aventura. Mi padre decía que ignoraba el sentido de la existencia y vivía cambiando de trabajo, de mujer y de ciudad. La característica más saliente de mi padre era su trashumancia. Se hacía llamar “filósofo sin libros”, dueño de una única fortuna: el pensamiento. Yo, al principio, sólo veía a mi padre como a un hombre amargado. Mi madre lo había abandonado cuando yo era un bebé. Entonces vivíamos en lo alto de la calle Ramiro Barcelos, en Porto Alegre; mi padre me llevaba a pasear todas las mañanas a la plaza Júlio de Castilhos y me enseñaba los nombres de los árboles. No me conformaba con aprender sólo los nombres, me gustaba conocer las características de cada vegetal, su región de origen. Él me decía que el mundo era mucho más que aquellas plantas, que era también las personas que pasaban y las que permanecían y que cada uno tenía su drama. Yo le pedía upa. Me levantaba en sus brazos y silbaba una canción medieval que, afirmaba, era su preferida. En el regazo yo balbuceaba unos pensamientos peligrosos:

—¿Cuándo te vas a morir?

—¡No te voy a dejar solo, hijo!

Me hablaba muy emocionado y decía que antes de morir me enseñaría a leer y escribir. Él se empeñaba en olvidar que yo sabía todo lo que le pasaba. “¿Para qué leer?”, le preguntaba yo. “Para describir la forma de este árbol”, me respondía, un poco irritado por la pregunta. Pero enseguida se calmaba.

—Cuando aprendas a leer, poseerás de alguna forma todas las cosas, incluso a vos mismo.

A fines de 1969, mi padre fue encarcelado en Paraná. (Dicen que le pasaba armas a un grupo de no sé qué cosa.) En esa época, tenía una casa de campo en Ponta Grossa y ya no me llevaba a pasear.

El día que lo metieron en la cárcel, fui arrastrado afuera de la casa por una vecina de piel muy clara que me dijo que iba a quedarme con ella unos días, que mi padre iba a viajar. No le creí nada, pero me hice el tonto; es lo que se espera de un chico. ¿Qué hubiera ocurrido si yo le hubiese dicho que sabía que todo aquello era mentira? ¿Cómo lidiar con un chico que sabe?

Me metieron en un internado en São Paulo. El cura-director me observó y afirmó que sería feliz ahí.

—No me gusta este lugar.

—Te acostumbrarás y hasta va a gustarte.

Mis compañeros me enseñaron a jugar al fútbol, a masturbarme y a robarles comida a los curas. La pija se me paraba y se la mostraba a mis compañeros. Les mostraba también las manzanas y los dulces que había robado. Hablaba de mi padre. Uno de los chicos me odiaba. “Mi padre fue asesinado”, me decía con odio en los ojos. “Mi padre era ladrón”, me contaba con el corazón roto.

Yo callaba. Hablar de mi padre hubiera requerido de un conocimiento que yo no tenía. Llegó una carta de él. Pero el cura-director no me dejó leerla; me llamó a su oficina y dijo que mi padre estaba bien.

—Él está bien.

Agradecí como hacía siempre con el cura-director y repetí, en un murmullo:

–Él está bien.

El chico que me odiaba se acercó y dijo que a su padre le habían pegado diecisiete tiros.

En la clase de religión, el Padre Amancio nos enseñaba a rezar el rosario y a repetir jaculatorias.

–¡Salve María! –exclamaba al principio de cada clase.

–¡Salve María! –los chicos respondían al unísono.

Cuando crecí, mi padre me vino a buscar y le faltaba un brazo. El cura-director me preguntó:

–¿Querés irte?

Miré a mi padre y le dije que ya sabía leer y escribir.

–Entonces, algún día sabrás de todo –dijo él.

El chico que me odiaba estaba en la puerta del colegio cuando partimos. Su uniforme estaba bien lavado y planchado.

En la carretera a São Paulo paramos en un restaurante. Pedí un coñac y mi padre no se espantó. Leía el diario.

En São Paulo fuimos a parar a una pensión donde no podíamos recibir visitas.

–Vamos a Rio –me dijo, sentado en la cama, con el brazo que le quedaba sobre las piernas.

En Rio, caímos en un departamento en la Avenida Atlântica. “Es de unos amigos”, me dijo. Pero, aunque el departamento estaba bien amueblado, siempre estaba vacío y los amigos nunca aparecían.

–Yo quiero saber –le dije a mi padre.

–Puede ser peligroso –respondió.

Apagué el televisor, listo para escuchar. Él dijo: “No, aún es temprano”. Yo ya había perdido la capacidad de llorar.

Intenté olvidarme del asunto. Mi padre me inscribió en una escuela de Copacabana y empecé a crecer como tantos adolescentes de Rio. Me transaba a la mucama de Alfredinho, un amigo de la escuela, y, en la playa, era común que se me pusiera dura cuando pasaba una chica, lo que me obligaba a sentarme para ocultar la erección. En esos momentos fingía que miraba en el mar la performance de algún surfista.

Odiaba comprobar cuánto me atormentaban algunas cosas. Mi padre desapareció otra vez. Me quedé solo en el departamento de la Avenida Atlântica sin que nadie se diese cuenta. Ya me había acostumbrado al misterio que pesaba sobre el departamento y no quería saber a quién pertenecía ni por qué siempre estaba vacío. El secreto alimentaba mi silencio. Y yo necesitaba ese silencio para continuar ahí. Ah, me olvidé de contar que mi padre había dejado algo de dinero guardado. Ese dinero duró siete meses. Gastaba poco y trataba de no pensar en lo que ocurriría cuando se acabase. Sabía que estaba solo y con poco dinero,

pero también sabía que, ante cada exigencia escolar, era necesario mantener el aire despreocupado de los jóvenes de mi edad para falsificar la firma de mi padre sin remordimientos.

A la limpieza del departamento no le prestaba atención. Estaba muy sucio, pero yo pasaba tan poco tiempo en casa que no le daba importancia a la mugre ni a las sábanas inmundas. En la escuela tenía buenos amigos y dos o tres amigas que me daban vía libre para meter mano donde quisiese.

El dinero se había acabado y yo caminaba por la Avenida Nossa Senhora de Copacabana a la noche, tarde, cuando noté que había un grupo de tipos parados en la esquina de Barão de Ipanema, apoyados sobre un coche y fumando un porro. Cuando pasé, me ofrecieron. “¿Una pitada?”. Acepté. Uno de ellos dijo: “¡Mirá ahí, no te lo pierdas, loco!”. Miré hacia donde había apuntado y vi un Mercedes en la esquina con un hombre de unos treinta años dentro. “Andá”, me empujaron. Y yo fui.

–¿Querés entrar? –me dijo el hombre.

Lo pensé un poco y recordé que estaba sin dinero.

–Trescientos –dije.

Abrió la puerta y dijo “entrá”; el coche subió por la Niemeyer; no había nadie en el morro1 donde el hombre frenó. Se escuchaba una música, creo que clásica, y el hombre me dijo que era de São Paulo. Me ofreció un cigarro, chicles y comenzó a quitarme la ropa. Le pedí el dinero. Me dio tres billetes de cien, abiertos y nuevitos. Yo, desnudo, y el hombre que comenzaba a tocarme, me mordía dejándome marcas, casi me arranca un pedazo de la boca. Yo tenía un buen físico y eso lo excitaba, lo ponía como loco. La música se había acabado y sólo se oía un grillo.

–Vamos –dijo el hombre mientras encendía el motor.

Yo había acabado y me tuve que limpiar con el calzoncillo.

Al día siguiente, mi padre volvió. Apareció en la puerta, muy delgado y con dos dientes menos. Decidí contarle:

–Ayer me prostituí, me fui con un hombre a cambio de trescientos.

Mi padre me miró sin sorpresa y me dijo que tratara de hacer otra cosa de mi vida. Luego se sentó y fue incisivo:

–Vine para morir. Mi muerte será comentada en los diarios, la policía me odia, hace años que me buscan. Te van a descubrir, pero no digas nada, decí que no sabés nada... lo cual es verdad.

–¿Y si me torturan? –pregunté.

–No se van a meter con vos, sos menor y precisan evitar escándalos.

Fui hacia la ventana pensando que me iba a poner a llorar, pero sólo pude ver el mar y sentir que necesitaba hacer alguna cosa urgentemente. Giré la cabeza y vi que mi padre dormía. En realidad, no fue exactamente eso lo que pensé, pensé que él ya estaba muerto y corrí a asegurarme de que tenía pulso.

Aún estaba vivo. “Necesito hacer alguna cosa urgentemente”, la frase martillaba en mi cabeza. Es que no me había gustado ir con aquel hombre la noche anterior, veía que mi padre se iba a morir y no tenía un puto centavo... ¿Cómo sobreviviría? Entonces pensé en denunciar a mi padre para que los diarios me recibieran y, así, conseguir casa y comida en algún orfanato o en la casa de alguna familia. Pero no, eso no lo hice porque mi padre me caía bien y no tenía interés en vivir en orfanatos o con alguna familia y sentía pena por mi padre, acostado ahí, en el sofá, durmiendo de tan débil. Tenía que comunicarme con alguien, contarle lo que estaba ocurriendo. Pero, ¿a quién?

Empecé a faltar a la escuela. Paseaba por la playa pensando qué podía hacer con mi padre, que se quedaba en casa durmiendo, feo y viejo. No había conseguido ni un puto centavo. Menos mal que tenía un amigo, un vendedor de aquellos puestos de la Geneal que siempre me salvaba con un pancho². Yo le decía “con mucha mostaza”, “con el pan bien caliente”, “con mucha salsa”. Él obedecía porque me quería bien. Pero no podía contarle lo que me estaba pasando; apenas comentábamos algo de los culos de las mujeres o de las cicatrices de alguna barriga. “Ésa es de una cesárea”, me señalaba. Yo fingía que nunca había oído hablar de cesáreas, y, así, el placer que el vendedor sentía por enseñarme sus conocimientos sobre cesáreas se hacía enorme. Un día me preguntó:

–¿Cuántos hermanos tenés?

Respondí que siete.

–Tu papá tenía buena puntería, ¿no?

Medité la respuesta. Tal vez ésa fuese la ocasión para contarle todo y admitir que necesitaba ayuda. ¿Pero qué podía hacer por mí un vendedor de la Geneal sino llamar a la policía? Entonces, me callé y me fui.

Cuando llegué a casa me di cuenta al fin de que mi padre era un moribundo. Ya no se despertaba, tenía algunos espamos y se le enrollaba la lengua. Yo era apenas un espectador. En aquella época, el departamento tenía un olor apestoso, como si algo estuviese podrido. Sentí que no podía quedarme ahí, mirando, y traté de ayudar al viejo. Levanté su cabeza, le puse una almohada e intenté conversar.

–¿Qué sentís? –le pregunté.

–Ya no siento nada –respondió con una dificultad que metía miedo.

–¿Duele?

–Ya no siento ningún dolor.

De vez en cuando le traía un pancho de los que mi amigo de la Geneal me daba, pero mi padre rechazaba cualquier cosa y vomitaba los pedazos de pan y de salchicha. Una de las veces en que yo limpiaba los restos de pan y de salchicha de su boca con un trapo, sonó el timbre. Sonó el timbre. Fui a abrir la puerta con mucho miedo, con el trapo todavía en la mano. Era Alfredinho.

–La directora quiere saber por qué no apareciste nunca más por la escuela.

Lo hice pasar y le dije que había estado enfermo, con la garganta inflamada, pero que volvería al día siguiente porque ya estaba casi recuperado. Alfredinho sintió el olor asqueroso de la casa, estoy seguro, pero lo disimuló muy bien.

Cuando se sentó, noté que el sofá estaba raído y que Alfredinho se sentaba con cierto cuidado, como si el sofá se fuese a caer, pero él disimulaba y hacía como si no notase nada fuera de lugar, ni la cucaracha que descendía por la pared ni los ruidos de mi padre que a veces se retorció y gemía en el cuarto de al lado. Me senté en el sofá y me puse a hablar de lo primero que se me ocurrió para distraerlo de los ruidos de mi padre, de la cucaracha en la pared, del sofá raído, de la mugre y el olor del departamento. Dije que durante los días que duró la enfermedad me la había pasado leyendo unas revistas porno, eran dinamarquesas, “¿y sabés cómo conseguí las revistas?, las robé del escritorio de mi padre, estaban escondidas en el cajón de su escritorio, no te las muestro porque se las presté a un amigo, un degenerado que trabaja en un puestito de la Geneal, aquí, en la playa, él le mostró las revistas a un amigo suyo que se hizo una paja con las revistas en la mano, hay una mujer con las piernas así, y la cámara saca la foto bien de acá, bien de acá, ¿o cómo hicieron para sacarle la foto a la mujer?, ella así, y la cámara saca desde este ángulo, aquí, ¿no es para hacerse una paja?, la cámara cerquita, así, y la mujer desnuda y con las piernas de esta manera, no te miento, vas a ver, un día vas a ver, pero ahora no tengo las revistas, por eso es que yo digo que enfermarte de vez en cuando es bueno para la salud, el día entero en la cama, leyendo revistas porno, nadie te molesta ni te dice que vayas a la escuela ni al trabajo de grupo, sólo yo y mis revistas, tenés que verlo, creo que también te gustaría enfermarte si tuvieras esas revistas, nadie te jode, nadie”.

Entonces paré de hablar y vi que Alfredinho me miraba como si hubiera dicho algo que lo asustase, se quedó mirándome con cara de idiota, medio desconfiado, y no sé bien lo que se le pasó por la cabeza cuando mi padre me llamó desde su cuarto. Era la primera vez que mi padre me llamaba por mi nombre, yo mismo me asusté cuando lo oí. Me levanté espantado porque no quería que nadie supiese lo de mi padre, lo de mi secreto, lo de mi vida. Quería que Alfredinho se fuera y que no volviese nunca más.

Entonces me levanté y dije que tenía que hacer unas cosas y él caminó en dirección a la puerta como si me tuviese miedo. Le dije que al día siguiente iría a la escuela, “podés decirle a la directora que mañana hablaré con ella”, y mi padre me llamó de nuevo con voz agonizante, mi padre, por primera vez, me llamaba por mi nombre, y yo dije chau, hasta mañana, y Alfredinho dijo chau, hasta mañana, y yo continuaba con el trapo en la mano y cerré la puerta con rapidez porque no lo aguantaba más a Alfredinho, allí delante, sin decir una palabra, y corrí al cuarto y vi que mi padre estaba con los ojos duros y me miraba, y me quedé parado en la puerta del cuarto pensando que necesitaba hacer alguna cosa urgentemente.